

REVISTA CASTELLANA

LITERATURA • HISTORIA • CIENCIAS • ARTES

DIRECTOR: NARCISO ALONSO CORTÉS

ADMINISTRACIÓN: FERRARI, 4 & 6.—VALLADOLID

2038

Echegaray

No hace aún muchos días que por generosa iniciativa del Ateneo de Valladolid tuvo lugar una agradable fiesta en honor del hombre insigne cuyo apellido encabeza estas líneas. Sólo tuvo una nota poco agradable el referido acto y fué la intervención que en él tuve, por amable designación de los organizadores del mismo; pero sujeto todo en este bajo mundo a la ley eterna de las compensaciones, pude dar lugar a que mi pobre palabra fuese tornavoz de otras elocuentísimas y que la negrura de mi persona fuese pantalla que reflejase la luz vivísima que otros irradiaron en aquella inolvidable velada.

Solicitado más tarde por mi querido compañero el señor Director de la REVISTA CASTELLANA para que entregase las notas que me sirvieron en aquella ocasión en el desarrollo del tema que me fué encomendado, a fin de que fuesen publicadas en el presente número de la misma, accedo a ello muy gustoso, manifestando mi gratitud al digno compañero y pidiendo perdón a los lectores por la molestia que he de causarles.

La actividad intelectual de D. José Echegaray fué de una complejidad pocas veces igualada; puede afirmarse que no hubo disciplina del entendimiento a la que él no se sometiese gustoso y que no existió manifestación alguna del entendimiento humano en la que él no lograse un puesto distinguido.

Uno de los aspectos más interesantes de la vida de Echegaray fué el de maestro y el de matemático, hasta el punto de que este carácter fué el que siempre predominó en aquel hombre ilustre y el que más hondamente penetró en la esencia de su privilegiada personalidad.

Fué el padre de nuestro grande hombre distinguido catedrático del Instituto de Murcia, y no parece sino que las aficiones docentes de su progenitor infiltraron para siempre en el alma de Echegaray la irresistible vocación a la enseñanza que se manifiesta en todos los momentos de su vida. Unas veces como profesor de la Escuela de Ingenieros de Caminos, en donde explica: Geometría descriptiva, estereotomía, pers-

pectiva y sombras; cálculo infinitesimal, Mecánica racional y aplicada; otras veces preparando alumnos para su ingreso en la ingeniería; más tarde desempeñando la cátedra de Física-matemática del Doctorado de la Facultad de Ciencias, para cuyo cargo fué nombrado a propuesta unánime del Claustro de la misma y en la cual tuvo la fortuna de escucharle el que en estos momentos tiene el honor de dirigiros la palabra; ocupando unas veces la cátedra del Ateneo de Madrid en donde desarrolló del modo brillante que él solo sabía hacerlo y ante las primeras figuras de la Matemática española, sus estudios sobre «Resolución de ecuaciones de grado superior, teoría de Galois» y «Funciones elípticas», en que propaga los admirables trabajos de Abel; y siempre vulgarizando la ciencia en periódicos y revistas, haciendo asequibles a inteligencias poco versadas en esta clase de estudios, las más altas concepciones de la ciencia positiva.

Bajo la dirección de su profesor del Instituto de Murcia D. Francisco Alix se despierta en él la afición al estudio de la Matemática pura; y como dato curioso referente a esta primera época de su gloriosa vida, le hemos oído referir el placer que experimenta al darse cuenta de cómo se reducen quebrados a un común denominador. Según su propia frase, *su alma se inundó de resplandores*, y su loco entusiasmo se manifiesta arrancando pedazos de yeso de la pared y llenando puertas y ventanas con ejemplos numéricos, con gran escándalo y protesta de su madre. Igual alegría experimenta al comprender el concepto de paralelismo de dos planos.

Esta vehemente inclinación a penetrar en los bellos secretos de las ciencias exactas, es la única fuerza que le impulsa a prepararse, una vez terminado el bachillerato, para ingreso en la Escuela de Ingenieros de Caminos; y siempre recordó como el año más feliz de su vida, aquél que dedicó en Madrid, viviendo en modesta casa de huéspedes, al repaso de la Geometría descriptiva bajo la dirección de D. Angel Riquelme, profesor del Conservatorio de Artes, instalado en el antiguo caserón de la calle de Atocha, en donde estuvo por muchos años instalado el Ministerio de Fomento, y de inolvidables recuerdos para muchos de los que hoy ostentamos el título facultativo de Ciencias. Un solo día falta a sus clases para asistir a la representación de «El hombre de mundo» de Adelardo López de Ayala, y es que ya se agitaban sin duda en su alma los anhelos que le habían de conducir a ser un día el ídolo de las multitudes.

Ya ingeniero y destinado a la provincia de Almería, y sintiendo esas nostalgias de la vida madrileña que tantos hemos sentido, distrae sus tedios y tristezas estudiando las obras de Gauss, Legendre y Lagrange.

Establecido más tarde en Madrid, como profesor de la Escuela de Caminos, conoce las penurias de la vida profesional docente, obligado a sostener con escasísimo sueldo una familia de cuya creación se sentía orgulloso. ¡Con qué amargura consideraba Echegaray que el trabajo de explicar Cálculo infinitesimal, una de las concepciones más sublimes del ingenio humano, no merecía por parte de la sociedad otra remuneración

que un poco más de tres mil pesetas anuales! Recordando esta parte de su vida, nos hablaba Echegaray del desgraciado Enrique Abel, el insigne matemático noruego, *el Newton del Norte*, que después de haber descubierto entre otras muchas cosas *la periodicidad de las funciones elípticas invertidas*, bastante para grabar su nombre en la página más brillante de la ciencia—porque la periodicidad es una de las grandes leyes de la naturaleza, que aplicada al aire explica el sonido con sus armonías y melodías, aplicada al éter explica la luz con sus maravillas y el calor y la electricidad con sus fecundas aplicaciones, y las inmensas vibraciones que constituyen las órbitas de los astros, y el ritmo del verso con sus consonancias y asonancias, y hasta la conversión del pasado en la eterna renovación de las cosas—muere pobre y desvalido a los 26 años en brazos de su prometida, a la que no pudo hacer su esposa porque con diez duros mensuales no puede constituirse una familia. Y es que mientras la multitud rastrea es temerario remontarse hasta las nubes.

Es Echegaray en medio de sus idealismos un hombre fuerte que ama la vida y adora a los suyos y no quiere ser víctima de la miseria, más terrible por tenerse que sobrellevar con decoro, y acude a la enseñanza particular de la Matemática y funda una Academia preparatoria para ingreso en la ingeniería, la que, como es natural siendo quien era su fundador, se llena bien pronto de alumnos, proporcionando al maestro ingresos bastantes para hacer frente a las necesidades de su vida. Pero surge *ipso facto* la incompatibilidad legal suscitada por un Estado que parece haberse fundamentado sobre la torpe base de la desconfianza en sus servidores, y se ve obligado Echegaray a renunciar a uno de sus dos profesorados. Opta por pedir la excedencia en el Cuerpo de Caminos, renunciando a todo sueldo y a todo ascenso en su carrera, para poderse dedicar libremente al desempeño de sus clases particulares que tan lucidos ingresos le proporcionan, y aquí ocurre un hecho verdaderamente curioso y que pone de relieve la moral de nuestra administración pública. Su petición fué rotundamente denegada alegando que el Estado no quería verse privado de los servicios de profesor tan excelente. Es decir, que por ser buen profesor le condenaron a la estrechez, cerrando su porvenir tal vez para siempre. ¡Cuánto más le hubiera valido ser un mal cumplidor de sus deberes en su cátedra oficial! Con este hecho y con haberséle negado más tarde, alegando iguales razones, licencia para desempeñar en Italia el cargo de ingeniero constructor de los caminos de hierro cuyas obras tenía contratadas D. José Salamanca, causó el Estado a Echegaray unos perjuicios que él capitalizaba en dos millones y medio de pesetas.

Esta causa es la que lanza definitivamente a Echegaray por el camino del teatro, teniendo aquí oportuna aplicación el refrán: «no hay mal que por bien no venga»; pero él hizo constar siempre que de toda sus aficiones, la más intensa, la que más le sedujo fué siempre su afición a la matemática; las otras tuvieron sus alternativas, aquella perduró siempre; sólo por ganar dinero cultivó la dramática; su afición a la

ciencia pura fué la más desinteresada, la más pura, la más grande y la más honda. Arraigaba profundamente en su ánimo la idea de que las grandes creaciones matemáticas son las más prodigiosas en la región de las ideas y las más fecundas en las ciencias de aplicación; que sin ellas la industria es rutina y ésta es derroche de fuerza, impotencia y atraso. Decía contestando a D. Augusto Krahe en su discurso de ingreso en la Academia de Ciencias. «Podría borrarse del mapa toda Grecia: Arquímedes y Euclides se elevarán sobre las ruinas de aquel pueblo admirable. Los Hamilton, Kelvin, Descartes, Pascal, Laplace, Jacobi, Gaus, Abel, Cauchy, Poisson, Lagrange, Leibnitz, serán más duraderos que las pirámides de Egipto y sus nombres flotan en la región eterna de la verdad».

Sus sinsabores en el teatro y en la política le devolvían a sus estudios matemáticos, en los que encontraba remedio a sus tristezas y curación a sus aburrimientos. Era la gran preocupación de su vida y a ella se hubiese dedicado por completo al haber disfrutado de una posición económica desahogada. Ninguna humillación era para él tan grande como no comprender una teoría matemática, ya que en éstas la potencia intelectual se pone a prueba. Jamás abandonó su ciencia predilecta, pero jamás pudo dedicarse a ella como era su deseo. Recordaba con aquella infantil ingenuidad que era uno de los rasgos más salientes de su carácter, que siendo ministro y dirigiéndose en coche a la Granja para asistir a un Consejo en que había de decidirse la candidatura de Hohenzollern para el trono de España, iba leyendo la teoría del calor de Briot que acababa de publicarse, y todo se obscurecía, gobiernos, tronos, reinos, posibles guerras, ante el teorema de Carnot sobre la termodinámica.

«Mi afición a la Matemática, decía alegremente, me sirvió hasta para alejar de mí el miedo en vísperas de un duelo que tenía concertado, pues yo no podía desconocer, por la estadística demográfica, lo poco probable que es una muerte en desafío».

El cultivo de su ciencia predilecta le lleva de un modo natural al estudio de la Economía política, ciencia de principios sólidos en que se apoyan una serie de fenómenos sociales de tan inquebrantable y lógico desarrollo como domina en la Matemática. Lamentaba Echegaray que estos principios hayan sido sustituidos generalmente por vana palabrería y que la pasión y el sentimiento se hayan introducido en la ciencia económica corrompiendo su maravillosa esencia. Triste cosa, consideraba él, el que las personas que más versadas se creen en Economía sólo conozcan de ella vulgaridades y fórmulas deficientes, a lo sumo la ley de Maltus. Algo ganaría esa ciencia si se vulgarizasen los trabajos de Dupuit y Cournot, Walras y Jevon, que precisan sólidos conocimientos matemáticos.

No limita Echegaray su labor docente al recinto de su cátedra. Con una habilidad no superada por nadie e igualada por muy pocos, realiza un admirable trabajo de vulgarización científica en periódicos y revis-

tas, que seguramente ha llegado a todos los españoles que saben leer. Las cuestiones más abstractas y de más difícil comprensión, aún por los más versados en el tecnicismo científico, tomaban al salir de sus labios o de los puntos de su pluma un carácter tal de sencillez, de diafanidad, que se hacían asequibles para los más indoctos.

Sus admirables publicaciones sobre Termodinámica, la primera de su género que se publicó en España, según creo; sobre Geometría superior, Cálculo de variaciones, Problemas geométricos, Determinantes, Teoría matemática de la luz, Integrales múltiples, etc. etc., le llevaron a ocupar un sillón de la Academia de Ciencias exactas, físicas y naturales el año 1865, pudiendo decirse que este fué el primer peldaño de su gloriosa elevación.

Por cierto que su discurso de ingreso en la referida corporación, titulado «Historia de las matemáticas con aplicación a España», produjo una verdadera tempestad de protestas por haber manifestado que nuestra patria, madre de grandes artistas, heroicos militares, prodigiosos náuticos, arriesgados navegantes y gloriosos conquistadores, jamás lo fué de un matemático de primera, segunda, ni aun de tercera fila, achacando ese hecho al fanatismo religioso, a la Inquisición y a los tormentos que maturan el instinto científico del pueblo. Reconoció más tarde la insuficiencia de estas razones, y con su discurso reciente de confesación al académico Sr. Krahe reconoce el alborear de la ciencia matemática en España, en cuyos centros de enseñanza existe un selecto y laborioso profesorado.

Nada me he propuesto decir acerca de la actuación política de Echeagaray, por considerarlo completamente ajeno a la misión que me habéis encomendado. Nada tampoco de su triunfo inmenso al serle concedido el premio Nobel por la Academia Sueca de Stokolmo, en coparticipación con el poeta Mistral, pues aquel hecho y el homenaje que la nación entera le tributó es tan reciente, que todavía está vivo en la memoria de todos.

Sí quiero, para terminar, decir dos palabras acerca de sus trabajos al frente de la cátedra de Física matemática en el Doctorado de la Facultad de Ciencias, por haber constituido el digno epílogo de su vida gloriosa.

En el curso de 1905-1906 inaugura la serie admirable de conferencias sobre esta materia, coleccionada en varios tomos que constituyen un arsenal valiosísimo. Declara la hipótesis mecánica insustituible por hoy en la Física matemática, huyendo de la ley empírica, anteponiendo siempre el concepto cuantitativo al cualitativo de la antigua Física y aún de la Metafísica. Así, por ejemplo, la idea del calor como substancia de tales o cuales cualidades, es reemplazada por la consideración de una cantidad de fuerza viva, sin pretender por eso que todo en el Universo sea Mecánica. Toda ciencia parcial es algo así como un corte de prueba dado en la masa del Cosmos, con objeto de ver qué resulta, al modo como se corta un mineral o una piedra, un bronce o un acero, por ver la estructura interna del objeto en estudio. Pero hay ciencias parciales o

cortes dados en el Universo, siguiendo el *símil*, para ir adivinando el contenido de la masa cósmica, de poca importancia, que descubren poco, y otras que llegan a todas partes, que descubren todo o casi todo, y ninguna tan *sinéctica* y universal como la mecánica; por eso no hay fenómeno en que la mecánica de la energía no esté palpitando.

Contestando alguna vez a preguntas acerca de si encontraba contradicción entre sus distintas aptitudes, dice: «La matemática forma una salsa que viene bien a todos los guisos del espíritu; armoniza con la música y con el arte en general. Como que toda es armonía, variedades en una u otra forma que se resuelven en una alta y bella unidad».

Tiene la inteligencia humana facultades creadoras gobernada por la lógica en general y la Matemática en particular; quien lo niegue es digno del manicomio. La inteligencia es creadora, ya que no de realidades, de sistemas, y puede forjar mundos a su capricho con tal que los defina de tal suerte que en su contenido no exista imposibilidad ni contradicción lógica; ese mundo deberá estar sujeto a las leyes de la Matemática, porque a ellas está sujeta la razón humana, en cuanto es razón humana. Puede luego aplicarse ese mundo imaginario al real y ver si ajustan o no y si las combinaciones del primero representan o pueden representar realidades del segundo.

Echegaray piensa que sólo por la Ciencia y por el Arte valen las civilizaciones. *La Ciencia por la Ciencia* es fórmula que vale tanto como la de *la vida por la vida* y, como dice Poincaré, mucho más que la de *la dicha por la dicha*, si todos los placeres humanos son de la misma calaña y no se pretende que la civilización tenga por fin proveer de alcohol a los borrachos. Todo lo que no es pensamiento es pura Nada. La Historia geológica nos enseña que la vida es sólo un corto episodio entre dos eternidades de muerte; el pensamiento consciente no ha durado ni durará más que un momento; es un relámpago en larga noche, pero ese relámpago es todo. El nos conduce a una primera aproximación de los fenómenos; y digo aproximación, porque ¿quién piensa en lo absoluto? Por más que a pensar en él todos estamos obligados, y desgraciado del que corta sus alas y encorva su frente sobre la tierra.

Y con estas palabras dí por terminadas las que dediqué a la memoria de Echegaray como hombre de ciencia, lamentando que la escasez de mis facultades y la magnitud del tema, hayan dado por resultado que mi modesta disertación no lograra alcanzar la altura que merecen los que la oyeron y los que ahora pasen sus ojos por estas líneas.

MIGUEL AGUAYO

Es preciso reproducir aquí, para que recojan la gratitud de cuantos las lean, las palabras con que el ilustre Andrade Coello, en carta al director de la REVISTA CASTELLANA, acompaña las poesías que publicamos a continuación.

«Le escribo—dice Andrade Coello—en el radioso día que recuerda la más grande, la más sublime epopeya moderna: el descubrimiento de América, gracias al genio e indomable energía del pueblo español que supo comprender y auxiliar al iluminado navegante. Al pensar en la empresa de Colón y sus compañeros, una corriente emocional vivísima sacude mi sistema nervioso, y del pasmo abrumador paso al entusiasmo indescriptible. ¡Oh, augusta España que comprendiste a Colón! ¡Oh, preclaro Colón que comprendiste la bravura de España, sin la que tu obra no habría hallado el brazo realizador, el férreo brazo de la acción y la pujanza!

Por decreto legislativo, el Ecuador, hace algunos años, declaró fiesta cívica el 12 de Octubre, y la celebra como fecha fulgurante de la raza, porque mi patria ama entrañablemente, como leal hija, a la heroica Madre».

* * *

Castilla

Tierra de los heroísmos espirituales,
por donde el señor Quijote soñar solía;
tierra de vastas llanuras y de trigales,
que al Nuevo Mundo ha legado su gallardía.

De España es la lengua clásica; pero, con todo,
más de la augusta Castilla, y es castellano
el rumor de la cascada que, en dulce modo,
fluyendo por las Américas es himno ufano.

Si tremoló su estandarte de gesta noble,
heraldo de caballeros, el castellano,
jamás su acerado pecho—su alma de roble—
se dobló a los dolores ni fué villano.

Con férvido ritmo laten los corazones,
porque es casa de Cervantes Valladolid.
Y es Castilla cual santuario de tradiciones,
donde justan paladines y asombra el Cid.

Montalvo, adalid indómito, fué, sin mancilla,
maestro en tu claro idioma de pulcritud.
¡Salud, tierra de victorias, prócer Castilla!
El majestuoso Pichincha clama: salud!

La gran Colombia

Colombia, tu alma es una lira,
 multicorde y sonora y de oro,
 y en tu mente bulle un volcán.
 Tu historia a la epopeya admira;
 Bolívar de Ilión es decoro
 y Olmedo su homérica imán.

Como el caudal del Magdalena,
 el raudal de tu fantasía,
 y así tu magno corazón.
 Cuando el Tequendama resuena,
 canta a su compás tu energía,
 himno de América y blasón.

Derramas, como el Amazonas,
 tu inspirado cariño a España;
 por ella es tu linfa triunfal.
 Valor, hidalguía pregonas,
 del bosque a la horra montaña,
 del llano infinito al erial.

El magisterio

Dura sigue la brega. En el camino
 despojos de mi sér, como cendales,
 flotan. De la verdad soy peregrino
 que mi sed sacio en fuentes inmortales.

Contra el peñón del odio y desatino
 se estrellaron, a veces, mis ideales;
 mas supe derrotar al fin, con tino,
 la hueste de pecados capitales.

Si mi obra queda en ruinas ¡ay!, me alienta
 la flor de las ocultas gratitudes
 que alguna alma cultiva en su santuario.

Y si prosigo en esta lid incruenta,
 debo de aquel aroma a las virtudes
 que aminoran la hiel de mi Calvario.

ALEJANDRO ANDRADE COELLO

Preciosa

«Salió la tal Preciosa la más única bailadora que se hallaba en todo el gitanismo, y la más hermosa y discreta que pudiera hallarse no entre los gitanos, sino entre cuantas hermosas y discretas pudiera pregonar la fama».

CERVANTES.—*La Gitanilla*.

Cerremos las páginas de *La Gitanilla* después de saborear tal encarecimiento de Miguel, que todos conocemos a Preciosa. Goza de una fama de honesta, discreta y hermosa que no hay más que pedir. Es todo un encanto la chiquilla. Tiene tostada la piel por el sol. Los ojos son negros y acariciadores, y las manos suaves, rosadas y no curtidas, a pesar del ajeteo de su condición. De ébano es la cabellera, la boquita breve y burlona, los piecitos menudos y ligeros, pronta y fecunda la palabra. Y en esta virgencita de quince años, los senos se insinúan graciosamente en el apretado juboncillo, y cuando baila la chiquilla, descubre unas piernas de cabos finos, de armónicas y tentadoras proporciones. Digamos también que su desenvoltura no es hija de lascivia, sino de agudeza e ingenio. Y añadamos finalmente, para loar como se debe la honestidad de Preciosa, que se muestra enojada y confusa cuando las alabanzas que de sus raras prendas oye, suben de punto y sazón.

Los gitanos adoran y reverencian a Preciosa. Dura infancia ha tenido la Gitanilla. De feria en feria, ha corrido y vuelto a correr todos los lugares de Castilla y de la Mancha. Ha sentado sus tiendas con la despreocupada y nada escrupulosa raza gitanesca, así en las riberas del Tormes como en las riberas del Duero; junto al Tajo y junto al Pisuerga. Ha bailado Preciosa en Arévalo y en Piedrahita, en Alba y en Ledesma, en Zamora y en Toro, en Valladolid y en Rioseco, en Talavera y en Torrijos...

Y en este momento tornamos a encontrarla en la corte de nuestro muy amado Rey D. Felipe (que Dios guarde) y en los acampados de Santa Bárbara, paraje o sitio que en Madrid eligen los gitanos para establecer su honrada profesión.

Mes de Julio, bochorno, modorrera. En este día de Santa Ana, ha hecho Preciosa su entrada en la asendereada villa del oso y del madroño. Con ocho gitanas y un gitano va cantando la chiquilla por las calles los villancicos, zarabandas, seguidillas y coplas que ha aprendido.

Los hijos de Madrid, que jamás llevan priesa, que gustan de pararse y solazarse ante los músicos, bailarines y juglares callejeros, cambian-

do con ellos donaires y burletas, hacen aspavientos de la belleza de Preciosa.

¡Y cómo canta la doncellica, con qué gracia remata los romances, qué discreción que tiene, qué ligereza y rapidez en las piernas, qué alegría retozona en el ánimo, y, para que mayor sea la maravilla, qué continencia en su gentil apostura! Poetas, pajecillos, soldados, pretendientes, arbitristas, hampones hacen corro en torno a la chiquilla.

Cervantes nos ha transmitido las exclamaciones del embobado auditorio con su fidelidad acostumbrada. Unos se duelen de la condición de gitana que tiene la bailadora. Otros, más groseros, piensan que tales principios no han de acabar en buenos fines. Maliciosos que devanean por el corro sospechan que la muchacha va ganando los corazones para uncirlos al carro de su liviandad. Y hasta hay quien «más humano, más basto y más modorro—refiere Miguel—viéndola andar tan ligera en el baile, le dijo:

—A ello, hija, a ello; andad amores, y pisad polvito tan a menudito.

Y ella respondió sin dejar el baile:

—¡Y pisarélo yo a tan menudito!

Cansada ha quedado Preciosa de la danza, pero las ponderaciones de su hermosura han cundido ya por todos los ámbitos de la Corte.

A los quince días ha vuelto a presentarse Preciosa por los lugares más concurridos de Madrid con nuevos romances y cantarcillos.

En la calle de Toledo—a la sombra—se ha detenido a cantar y a tañer sus panderetas y sonajas la alegre caravana gitanil. La vieja, aquella vieja que no se aparta un punto de Preciosa, llamándola nieta y prenda suya a cada dos por tres, ha recogido buen montón de ochavos y de cuartos entre los transeuntes: sobre todo, aquel romance de la Reina D.^a Margarita, saliendo a misa de parida, a la iglesia de San Llorente en Valladolid, ha sido harto fecundo en rendimientos, que el público embelesado no se ha cansado de regalar cuartos a la bailadora.

Un mozalbete, poeta y caballero, ha requebrado de amores a Preciosa. Discretamente ha contenido la chiquilla los ímpetus del gentil amador. Con pruebas, que no con razones, ha mostrado el caballero la fineza de sus pensamientos y propósitos, ingresando en la familia gitanesca, sin separarse un punto de su novia. Y los amores han acabado venturosamente.

Ya lo recordáis vosotros; los años pasan rápidamente; dos, tres años han pasado ya. Preciosilla se ha convertido en D.^a Constanza de Acevedo y Meneses; su padre D. Fernando es caballero del hábito de Calatrava; la madre de la chiquilla se llama D.^a Guiomar. Y doña Constanza es la esposa de D. Juan de Cárcamo—el fingido gitanillo de las horas sabrosas del noviazgo—y vive con su marido en Madrid en una casa hidalga y bien abastecida.

En D.^a Constanza, en Preciosilla, ha pintado Cervantes la donosura

castiza de la mujer española. Preciosilla es la imagen de la desenvoltura sin lascivia y del ingenio pronto, alegre y burlón de nuestras mujercitas. Preciosilla tiene la sal rumbosa de nuestras majas bien plantadas, de las fieras manolas que en la misma calle donde danzaba Preciosa aullaron de dolor pisoteadas por los caballos de los franceses, de nuestras hembras desenfadadas y graciosas que saben herirnos derechamente con sus desdenes e iluminarnos el sendero con el rocío de su sonrisa. Preciosilla es la pimienta de la raza, y siglos más tarde, el atrabilario aragonés D. Francisco de Goya y Lucientes hubiera dado la mitad de su gloria por haberla reproducido con sus pinceles, diciendo la buenaventura en la pradera del Corregidor.

Convertida Preciosilla en D.^a Constanza por un encuentro venturoso y por esta divina piedad de Cervantes, que gusta siempre de solazar a los humildes y de mostrarles el castillo de la ventura por los rodeos más extraños y dificultosos, convertida Preciosilla en D.^a Constanza, por los insólitos vericuetos que conoce seguramente el lector, es la mujer humilde y tolerante que ordena sin destemplanza, que sabe ser señora con sencillez, e hija de nobles padres con llaneza.

Bien hizo el licenciado Pozo en contarnos el donaire de Preciosa; bien hizo Cervantes encareciéndonos la discreción y hermosas prendas de la Gitanilla. A lo largo de nuestra historia, oímos el alegre tañido de los crótalos y sonajas de Preciosa, las asonancias musicales de sus romanzas y villancicos, los airosos trenzados y punteados de sus danzas bohemias. ¿No es así, garrida Argentinita, que sabes decir con los crótalos tus suspiros y tus fernuras, tus celos y tus desdenes? ¿Vas a desmentirme tú, gitanilla auténtica, Pastora Imperio de los ojos verdes, que tienes cuerpo de serpiente, piernas de goma y soberanos, indescritibles brazos de fuego?

JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS

La guerra

Sobre los campos de trigo
—promesa de amor y vida—
galopa el fiero enemigo
con una tea encendida.

Todo arde,
todo crepita a su paso,
todo es muerte y vilipendio,
y al declinar de la tarde
finge un incendio el ocaso,
sobre el horror de otro incendio.

Pacíficas e ignoradas
estas aldeas vivían,
y las espigas doradas
de la brisa bajo el beso
solamente se rendían
a su peso.

En las chozas los abuelos
contaban viejas historias,
de batallas y de duelos
y de quiméricas glorias;
las mujeres con sus hijos,
al escucharle temblaban,
y los ojos en Dios fijos
le imploraban
porque de tamaños daños,
librase Dios a la tierra.
—¡Eso fué hace muchos años
—decía el viejo risueño—
¡ya no ha de haber otra guerra!
y acariciaba a un pequeño.

Mas la Arcadia, de improviso
oyó un día
de los bronces el aviso
sonando en la lejanía.

Era el angel de la guerra
caballero en un bridón;
¡eran la ruina en la tierra
y el odio en el corazón!

Era el hundirse los techos,
como pajas sacudidos;
y ver los templos deshechos,
y destrozados los nidos.

Era la triste canturía
de las aves, que a la furia
de los hombres iracundos,
abandonaban sus huevos,
y allí donde el Sol se hiergue
para alumbrar otros mundos,
buscaban asilos nuevos,
más profundos;
otro albergue...

Era el llegar de soldados,
trágicos, hoscos, barbudos,
que incendiaban los sembrados;
y en una trafla larga
ataban hombres desnudos
igual que bestias de carga.

Eran los campos de Ceres
convertidos en osarios;
la fuga de las mujeres
sobre afrentosos calvarios...

Era la tea aplicada
al trigo del rico predio,
y el vencedor con su espada
levantada
en medio.

¡Gloria! suenan los clarines:
ha terminado el asalto
y pasan los paladines
con sus aceros en alto.

¡Gran día—dicen—ha sido
para la Patria inmortal!...
Se escucha un débil gemido.
¡Será algún niño perdido
que muere en un matorral!

Ninguno se ha detenido;
sigue el desfile triunfal...

JOSÉ DEL RÍO

La época militar de Cervantes

Sin ningún género de dudas, débese a la España gloriosa del siglo XVI el renacimiento militar de Europa.

Guerreros y luchadores nunca faltaron entre nosotros; aquí los hubo como en todas partes. Pero convengamos en que con la conquista de la morisca Garnata, la levadura fermentó prodigiosamente, y la guerra se transformó en arte al crear soldados hechos a la profesión, jefes diestros y hábiles. Desde aquel hecho memorable, la escuela italiana se impuso al mundo, y los procedimientos modernos que el cerebro de un Gonzalo de Córdoba crease, fueron difundidos por luengas tierras llevando por apóstoles a los Paredes, Leyvas, Vastos y Pescaras, imprimiendo un sello de genio y bizarría a todos los Estados.

A la edad de la verdadera preponderancia guerrera, se hermanó la época noble de la literatura española, y raro fué el poeta de aquellos tiempos que no vivió la dura vida del soldado. De ello da fe el proverbio tan extendido entonces, de que *la lanza nunca embota la pluma*.

Todos los hombres de valía se honraron al proclamar la profesión humilde, al cantar sus glorias, al narrar los mil episodios o accidentes en el tiempo de su *ajuste* militar.

En el enlace político, militar y literario entre España e Italia—decía aquel llorado maestro Ibáñez Marín—como consecuencia de los derechos de la casa de Aragón, la lengua del Dante y de Petrarca era familiar a muchos de nuestros soldados, traductores, y comentaristas, varios de ellos, de los clásicos del gran Renacimiento.

No es extraño, pues, que el mutilado en la ruidosa victoria de Lepanto, fundido en el crisol de una época de glorias y aventuras, y hecho al medio ambiente, vertiese con su peregrino ingenio en muchas de sus obras, los destellos de un refinado gusto militar, guía y enseñanza en la formación perfecta del soldado.

Así al azar, entre aquella pléyade de maestros en poesía y guerra a la par, topamos con un discípulo del gran Gonzalo, Diego de Salazar, que en los descansos del *vivac* traduce a Sannazaro en «La Arcadia»; al dulcísimo poeta Garcilaso de la Vega, el doncel autor de «Flor de Gnido», que canta la vida pastoril de los ribereños del Tajo, y luego sabe morir como digno Maestro de un Tercio Viejo en tierras provenzales; a Castelloni primero, Arévalo después, que nos muestran las insuperables bellezas de Tasso, en su «Jerusalem»; a Hernando de Acuña, excelente soldado, cantor de «Galatea»; a Urrea, con su «Orlando», de Ariosto, que Cervantes fustiga despiadadamente...

¿Para qué seguir, si parece que entonces el oficio de la guerra y el de la poesía eran inseparables? ¿Qué causas determinantes influían para que esto sucediese? Tal vez la obediencia, el continuo batallar en tan opuestas tierras, la idea de una Patria grande y gloriosa, y la

disciplina, que son el alma de la vida del soldado, ejerciesen sobre el carácter alguna influencia potente, creadora, y desarrollasen ese gran poder de concentración disciplinada, tan esencial para la formación del genio.

¡Qué frases más hermosas las escritas por Cervantes, al hablar de la profesión militar!: «Mi cama es el duro suelo, mi descanso el pelear». Parece que desfilan por la memoria aquellos varoniles Tercios de arcabuceros y piqueros «hombres dispuestos y bien formados», que con *escudo* por ventaja, para pólvora, cuerda y plomo, integran orgullosos las legiones que el férreo Duque de Alba lleva a Flandes en marchas inimitables, y en combates sin descanso que sólo corona, a golpes de audacia y valor, la victoria, se hacen señores de la vieja Europa.

De aquellas jornadas habla el antiguo «Romancero de Pedro Padilla», ennoblecido con un soneto cervantino. Allí se canta la ardua labor de unos españoles en suelo insano y cenagoso, envueltos en las tristes brumas norteñas, heladas y húmedas, donde todo les es hostil, y al vivir milagrosamente ofrecen hermoso ejemplo de lo que es una profesión «tan cercana siempre de la muerte».

A Cervantes debió, sin duda, atraerle la vida aventurera y agitada de los Tercios, el constante mudar de hombres y cosas, las emociones de la victoria o de la derrota, las sabrosidades del botín y las negruras del hambre... «y siempre al sol—como dice D. Quijote en sus delirios y altanerías—al frío, al aire, y a las inclemencias del cielo, de noche y de día, a pie y a caballo, había que medir la tierra con los pies».

Ya desde la humildad de su cuna, arranca para Cervantes una vida azarosa que se hermana con la desgracia. Ajustado primero en el Ejército Español de Italia, forma en 1570 la compañía de Diego Urbina, perteneciente al famoso Tercio de Miguel de Moncada. Y en Lepanto, maltrecho por las fiebres, a bordo de la nave de Doria «La Marquesa», acude presuroso a su puesto de honor, y al frente de una docena de soldados acredita su bizarría, recibiendo en lo más recio del combate dos heridas de arcabuz en el pecho, y otra que le destroza para siempre la mano izquierda. Después del duro cautiverio de Argel, retorna a su vida militar, como siempre, ávido de gloria y con la constante pesadilla de la inmortalidad; y los entusiasmos suyos, cual los de un bisoño, encuentran eco en el Tercio de Lope de Figueroa...

Parece que siente la nostalgia de la vida guerrera, y que sus ojos sólo gozan en la contemplación de campamentos y estacadas, asaltos, batallas y esguâce de ríos, riendo las marrullerías de soldados y atambores, las travesuras de tornilleros y truhanes, pues de todo había en aquellas famosas tropas, que pasearon el nombre de España por el mundo.

Las compañías de soldados al tiempo de ahora—decía Scarión de Pavia—no han número cierto, quién más y quién menos; las cuales grandes o pequeñas que sean, tienen todas de tres «maneras» de soldados. Una los llaman *mal trapillos* o pícaros, otras *ordinarios* y la otra *particulares*. Los *mal trapillos* o pícaros son los que no tienen cuenta de su persona ni honra, y menos de sus armas; y estos son los que en su

tierra son ruines y y malos, y sirven en las compañías más por bulto y número que por otra cosa; y cuando acontece alguna desorden, para ahorcar un bellaco y no un soldado honrado. Los otros que se dice ordinarios son los más que hay en la compañía; y aunque son hombres honrados y sirven bien en lo que le toca en servicio de su compañía, no pretenden subir a más que ser soldado siempre para ganar su sueldo porque el natural no los inclina a más por valientes y honrados que sean o por ser hombres rudos y de poca habilidad, y los otros que se llaman particulares son hombres nobles de buen pensamiento y hábiles. Estos son de la escuadra del Capitán, y los más son coseletes aventajados en el sueldo, honran las compañías y suelen señalarse en las batallas y ocasiones que se ofrecen, para subir, mediante el valor de sus personas, a ser Oficiales, que los apocados se contentan con el poco.

El peón valeroso de Lepanto sintió como nadie su tiempo militar. En sus escritos inmortales, se muestra a veces como un Vegecio al dar sesudas reglas de psicología; y de vez en vez con satírico tono, pero con agudísima intención, señaló los defectos de la época.

Y era natural que pensando alto, recordase que su alma se templó al calor de los viriles arrestos de Capitanes como Juan de Austria, Sancho Dávila, Gaspar Robles, Cristóbal de Mondragón ¹, Figueroa, Verdugo y Francisco de Bobadilla, preclaros y esclarecidos representantes del soldado de entonces, a quien consagró Cervantes las mejores galas de su peregrino ingenio. ¿Cómo iba a olvidar a los compañeros que se bañan por «tradición», y que faltos de vestuario y de *soldada*, olvidados a veces de su gobierno, que *mataban* el hambre donde podían, y de la *manera* como Dios les daba a entender, llenos sus coletos de *cuchillos* arlequinescos, sabían sin embargo caminar erguido el cuerpo, alta la cabeza, calado el chambergo y rabitosa la tizona; admitidos o despedidos según las necesidades de la guerra, sin más premios que las cicatrices, y sin embargo, al tronar el cañón, el cebo de la *soldada*, les hacía engancharse otra vez en las filas, dispuestos a jugarse la vida, por «tradición» también?

Desaparecidos todos aquellos hombres, esfumadas sus glorias, la lucha quedó estacionada, y aquel cultivo intenso del arte militar, aquellas soluciones imprevistas y pasmosas, decayeron insensiblemente sin que nadie osara recoger las enseñanzas de una época fecunda como ninguna.

La posterior centuria con sus amagos de malestar y pobreza, inician sordas conspiraciones y conflictos internacionales, que incuban la tempestad que llega a estallar, y se lleva para siempre los arrestos y bizarrías de una soldadesca inmortal, cuyo espíritu flota en los viejos libros, como aquellas hermosas palabras del hoy Coronel de Inválidos

¹ El Coronel Cristóbal de Mondragón, el famoso castellano de Amberes, era medinés, y sus restos fueron traídos de Amberes, y enterrados en la Iglesia de Santa María del Castillo de Medina del Campo. «Es Santa María del Castillo—escribió el anónimo autor del Memorial Histórico de Medina—entierro de la ilustre familia de los Castillos, y donde está sepultado el Coronel Mondragón, crédito de la nación española que sirvió en Flandes con la aprobación que sabe el mundo...»

La familia de Mondragón vivió en Medina del Campo por lo menos hasta fines del siglo XVII.

Miguel de Cervantes, al retratar de manera elocuente el patriotismo y la virtud del combatiente, que oyendo los primeros cañonazos de Lepanto, atenazado por la fiebre en las literas de «La Marquesa», dice a Urbina, que le impedía tomar parte en la batalla: «En cuantas ocasiones de guerra se han ofrecido hasta hoy a S. M., he servido como buen soldado; y así ahora no haré menos, aunque esté enfermo y con calenturas...»

JOSÉ A. YAQUE Y LAUREL

¡Llegaré!

(IMPRECACIÓN)

Tú, que galopas por las altas sierras;
 tú, que rebotas en los duros riscos;
 tú, que penetras en las negras simas
 revolviendo sus antros maldecidos,
 y destrozas los árboles del valle
 y la humilde mansión del campesino;
 que silbas en los graves campanarios
 con tétrico silbar, como un aullido;
 que truenas en los lagos misteriosos
 que en la montaña son como los nidos
 donde duerme, encantada, la leyenda;
 que barres en los puertos doloridos
 los pedruscos y arenas y en aquellos
 se complace tu burla en un gemido
 ¡como si no debieran su tristeza
 a tus asoladores torbellinos!..

No me amedrentas, no; sigue avanzando
 que yo, marchando, audaz te desafío;
 mi pecho luchador contra tí brega
 y no me vencerás, viento maldito.

He de llegar donde el amor me espera;
 mi firme paso domará tus ímpetus;
 si tu eres vendaval irresistible
 yo soy barra de acero, duro y rígido.

Mi cayado hundirá su férrea punta
 en las quebradas piedras del camino,
 me agarraré a las peñas y mis manos
 sangrarán, pero yo podré contigo.

Unos serenos ojos, allá... lejos,
 me miran y hacia ellos me dirijo;
 tú me repelerás, ellos me atraen
 con más fuerza que tú mermas mi brío.

Tú llevas los demonios del Averno
 y a mí sólo me empuja un débil niño:
 ¿Cómo vas a poder cerrarme el paso,
 fiero huracán, si va el Amor conmigo?

NICOLÁS BENAVIDES

Gallardías de estilo en ideas redentoras para la Patria

(Consideraciones generales, acerca de *Hacia una España genuina.*—
Por entre la psicología nacional¹)

Con la diestra sobre el corazón y con la mirada muy en lo alto, elevándose hasta la región de la bienandanza eterna, un amigo mío queridísimo, el Rvdo. P. Graciano Martínez, docto sociólogo, insigne pensador y periodista de relevantes méritos que lleva sobre sus hombros férreos la dirección de la importantísima revista agustiniana «España y América», la más valiosa publicación de la Orden de San Agustín, sienta cátedra de españolismo andante. De tal manera interpreta el sentimiento de Patria que ni Ganivet, con sus admirables y sintéticos lirismos sociológicos, ni el gran Costa, con sus elucubraciones e imprecaciones patrióticas, fulminadas con un léxico viril y contundente, para el medio ambiente de indiferencia y cobardía que nos asfixia los más nobles y generosos estímulos, vagan tan alto en la expresión del epopéyico sentir del civismo patrio. A través de las ideas que el P. Graciano Martínez sustenta con grandilocuencia en «Hacia una España genuina, por entre la psicología nacional», se transparentan los colores nacionales de nuestra bandera. El asta de ésta parece ser una lanza manejada por invisible mano, deseosa de corregir los desafueros del pueblo y de los gobernantes de la antigua Iberia; el ropón bicolor flotante, la túnica roja de los sacrificios de voluntad y heroísmos que se requieren, la dalmática de oro del sacerdote que ha de bendecir y coronar de laureles a los modernos caballeros andantes de la honradez política. Yo aseguro que quien reflexione profundamente renacerá a una nueva vida intelectual cada vez que, releendo las páginas asombrosas de los males que afligen a España, oriente su pensamiento hacia un porvenir próspero y risueño.

Pensaba haberme documentado bien para reflejar lo más aproximadamente posible el estado de ánimo del autor de «Hacia una España genuina», y he apartado de mí tal propósito ante la consideración de haber incrédulos que rechazan la erudición, juzgándola un antro putrefacto de cosas pretéritas mal juzgadas y peor expresadas. Ya que los códices, los manuscritos y los volúmenes infolios causen las náuseas de los que necesitan revulsivos para su espiritualidad, apelo al razonamiento de los hechos actuales y rehuyo todo lo que no tengamos bien a

¹ Esta obra ha sido escrita por el padre agustino Fray Graciano Martínez. Es un volumen de xvi más 391 páginas y otra de índice de 223 por 145 centímetros.—Madrid, Imp. del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús, calle de Juan Bravo, núm. 3, Teléfono 198. 1916.—Precio: 4 pesetas.

la vista. Personas hay que dejan en mantillas a la expresión familiar «como santo Tomás, ver y creer», cuanto que, ciegos del alma y mancos del espíritu, están desprovistos en absoluto de todo discernimiento y de toda aprehensión.

De un solo trazo de mi pluma pecadora, con antelación al razonar que me he propuesto desenvolver, ha de surgir ante mis lectores la figura humilde del religioso agustino que motiva estas líneas. El P. Graciano Martínez tiene un semblante de unción mística en donde reverbera, al través de unos ojos negros, el espíritu del soñador alegre y laborioso. Ni una sombra de tristeza, ni una arruga prematura se destacan en su rostro, donde constante tranquilidad, perpetua sonrisa, el color sano de su tez y la regularidad de sus facciones, de la época romántica de Felipe III, causan tal ascendiente sobre nuestras preocupaciones, que todo lo olvidamos para seguir con creciente interés el tintineo de oro de sus frases impregnadas, al propio tiempo, de espontánea dulzura. De talla regular y bien proporcionada, de ademán señorial, de empaque venerable, de pausada juventud, cuyas lindes va trasponiendo con la majestad serena del que vive en eterna florecencia de años mozos y de ideas etéreas como frescas, el Rdo. P. Graciano Martínez siempre se me representa como un bardo juvenil, pues también las musas del Parnaso son sus inseparables compañeras, que, vistiendo el hábito talar del agustino, sigue la ruta del ideal célico y del ideal terreno, con la diestra sobre el corazón y con la mirada muy en lo alto... Allá en su cautiverio, cuando sufrió con evangélica resignación las amenazas, los improperios, los ultrajes y las insidias de los igorrotos en Filipinas, meditó con la santa calma que le caracteriza en lo efímero y deleznable de la condición humana, que con un reguero de sangre escribe las páginas de una revolución y con cadenas de servidumbre aherra a los creyentes de la regeneración social; y si siempre voló su mente a las regiones del ensueño, en contacto con la realidad mezquina de los acontecimientos de que fué víctima y testigo presencial, hubo de redoblar sus esfuerzos para cantar en lo venidero, el himno triunfal de los hijos de la Patria que se sacrifican en holocausto del terruño querido.

De entonces provino con la falta de libertad y con la nostalgia de antiguas grandezas hispanas la resolución, que el P. Graciano Martínez se impuso, de laborar de continuo por el resurgimiento de aquellos esplendores y por la extirpación de todas las lacras que allí, en Filipinas, presenció, y que aquí en España perduran. El fanatismo, alma menguada de nuestras luchas intestinas; lo que debe ser nuestra bandera; el politiquero... y otras zarandajas; nuestras luchas parlamentarias; el caciquismo y el fracaso del régimen; la cuestión regionalista; a propósito de nuestra campaña en Africa; la *Entente* y los desaciertos con nuestra *Entente*; el entendernos con Francia; el epílogo a nuestra *entente* con Francia; la cuestión casi única en España; la industria y el comercio; la oposición a la sangría emigratoria; la escuela y el maes-

tro; la escuela neutra, el Poder docente y la «Revolución de las Mantillas»; las prodigalidades del Ministerio de Instrucción pública y la Institución libre de enseñanza; hablando de Altamira y de Bullón; la libertad universitaria por América y por España; el culto del carácter; el bordoncillo eterno de nuestros radicales; sobre si se impone la unión de los católicos; el por qué ha de haber antijaimistas; hacia la franca regeneración, y el ideal gobernante español brota, como el agua del manantial, con la limpidez de sus sabias disertaciones.

Todo ello lo tenemos tan a la vista, lo padecemos tan frecuentemente y lo requerimos tan insistentemente que nadie por ineducado en las prácticas del derecho natural, por inalfabeto en el derecho de gentes, por incurso en los atentados a la moral de las muchedumbres, por soez contra las demandas del sentido étnico, por delador de los pactos y convenios internacionales, por desconocedor del derecho mercantil, por olvidadizo que sea de la instrucción, pondría en duda la existencia de lo que más arriba queda relatado y que, como artículos, fueron sucesivamente apareciendo en la revista agustiniana «España y América», causando cada uno de ellos una corriente general de simpatías que, como río salido de madre, se desbordó en una explosión de entusiasmos. El P. Graciano Martínez, (y lo sé de muy buena tinta, pues tan modesto es que hurta a sus íntimos el sinnúmero de cartas de felicitación recibidas) en vez de engreírse con su triunfo y respirar a plenos pulmones como quien se despoja de un peso molesto, prosigue anhelando no transitorios estados de opinión, que el pujante «León de Graus» supo también despertar en el alma dormida de los pocos que le leyeron, sino permanentes, eficaces y decisivos alzamientos de ideas redentoras para la Patria, como las que, con gallardías de estilo, con imparcialidad absoluta, con brillantes imágenes, con lógicas y clarividentes deducciones aparecen en la hermosa obra «Hacia una España genuina».

No debo penetrar en lo recóndito de esta obra, que reservo a un crítico de historia, maestro en la materia, como el P. Graciano Martínez; lo que sí me corresponde manifestar, como resumen de lo que he leído, que lo social y lo religioso, lo optimista y lo transcendente, lo individual y lo colectivo se amalgaman y compenetran de tal manera que la despena y la escuela, con ser asuntos de vitalísimo interés, desdican ante la obra magna de pensar todos como buenos católicos. Todo, en efecto, está en la mayor anarquía: lo tradicional y el evolucionismo; la abogacía, que no fructifica más que en el caliginoso receptáculo de las Cámaras españolas, y los tenderetes de baratijas de intolerancias mutuas, etc., etc., y es preciso que las leyes no sean un mito, ni las costumbres odiosas, ni los vicios inveterados, ni las complacencias funestas, ni el miedo consejero único, ni la ineptitud reinante, ni el desacierto laureado, ni las virtudes amordazadas... Menester es «basar toda nuestra acción social externa en un mayor avivamiento de interior vida espiritual, no humanizando demasiado las cosas, como si sólo necesitásemos de virtudes terrenas, sino divinizándolas en cierto modo, muy persuadidos

de que sobre la acción vivífica de toda virtud terrena, está la acción vivífica de las virtudes celestiales.» El cardenal Guisasola, como se cita en la obra de referencia, preconiza «que toda idea irreligiosa es impolítica, y todo atentado contra el cristianismo es un atentado contra la sociedad.» Esta debe felicitarse de contar en su seno a un bardo, vestido con hábitos talarés, que, cantando nuestras antiguas epopeyas, pretende cantemos a coro el himno triunfal del florecimiento patrio.

AURELIO BAIG BAÑOS.

Al abrigo del solar

Comedia en dos actos. Verso. Escrita para REVISTA CASTELLANA

(CONTINUACIÓN)

ESCENA OCTAVA

DICHOS y GUADALUPE: Luego DON ANDRÉS

GUAD. (Entra por lateral izquierda).

¡Qué solos y qué tristes!...

(A su hermano mayor).

¿Verdad, Julio?

¡qué dudas, qué aflicciones, qué recelos!...

JUL. ¿Metiste los encargos?

PEPE. ¿Y la ropa?...

GUAD. Todo en su sitio está, y además, dentro de las maletas, va un regalo humilde que os hago yo...

JUL. ¿Tal vez algún pañuelo

con nuestras iniciales

que bordaste en secreto?

PEPE. O acaso algún ahorrito...

(Acariciando a Guadalupe).

¡Picaruela!...

GUAD. (Con ingenuidad infantil).

Ni uno ni otro acertáis; no es nada de eso.

Son dos escapularios

de la sagrada Virgen del Carmelo;

de la imagen que tanto

se venera en el pueblo...

Yo misma los bordé, para que siempre

los llevéis en el pecho;

y si un día rendidos

os encontráis sin fuerzas, sin alientos

para seguir luchando,

rezadlos con fervor, porque hay en ellos
además del encanto
sublime del recuerdo,
la nota milagrosa de una Madre
que os cuida desde el cielo...

(Pausa corta).

¿Les rezaréis, verdad?

JUL. }
PEPE }

Sin duda alguna.

GUAD.

¿Lo prometéis así?

JUL. }
PEPE }

Lo prometemos.

DON ANDRÉS

(Desde dentro).

¿Dónde andan esos muchachos?

(Entra foro derecha).

Gracias a Dios que os encuentro.

GUAD.

(Ofreciendo una silla a Don Andrés)

Siéntese usted, Don Andrés.

DON ANDRÉS

No, Lupita; es un momento.

(A Julio y Pepe).

Por fin... ¡a pasar el charco!

JUL.

¡la verdad que sois bien tercos!

No, Don Andrés; es la vida
que nos empuja a otros suelos.

DON ANDRÉS

(Con el razonar de los viejos castellanos).

¡La vida!... Jamás se ha visto
lo que se ve en estos tiempos.
Antes, cuando yo era joven,
—con orgullo lo recuerdo—
nadie pensaba en marcharse
de su hogar, ¡y años perversos
venfan! pero las gentes
ahogaban sus desconsuelos
entre el amor de la choza...

Hoy el ansia de progreso
va encauzando las conciencias
por extraviados senderos,
y ya nadie se conforma
con lo justo... Dicen ellos
que vamos adelantando;
¡yo, que nos vamos perdiendo!

PEPE

(Con forzada sonrisa).

¡Este Don Andrés!...

DON ANDRÉS

(Con paternal enfado).

Es claro;

¿en nombre de qué derecho
se roba a un padre los hijos,
y a Castilla sus labriegos?

¿Quién ha dicho que otras tierras
pueden dar más rendimiento
que esta nuestra, donde anidan

la grandeza y el portento?

¿Dónde encontrar una patria
que nos dé tan alto ejemplo
de abnegación, de heroísmo,
de virtud y de talento?

GUAD. (Candorosamente).

Dice usted bien, Don Andrés...

JUL. (Acobardado).

Es verdad... mas no debemos
sacrificar a los padres.

DON ANDRÉS (Con aflicción).

¡Y sólo veis el remedio
con marcharos de su lado!...

(Transición).

En fin, vosotros sois buenos
y cuando lo habéis pensado...

(Pausa corta).

¿No andan por ahí las viejos?

GUAD. Si quiere usted que los llame...

DON ANDRÉS De ningún modo; prefiero,
si he de ayudarles en algo,
volver más tarde...

(Despléndose de todos).

Hasta luego.

PEPE }
JUL. } Adios Don Andrés.

GUAD. }

DON ANDRÉS (Desde la puerta).

¡Qué cosas
proyectan los chicos estos!

(Vase foro derecha).

ESCENA NOVENA

JULIO, PEPE y GUADALUPE

JUL. (Conmovido).

¡Es raro que no haya nadie
que nuestra actitud comprenda!
¡Todos razonan lo mismo!
¡Qué indecisión!...

PEPE (Menos preocupado que su hermano).

En la aldea
son así de resignados;
viven rumiando miserias
y se conforman con poco...
En el surco de una tierra
ven un porvenir risueño,
y si el porvenir se quiebra,

siguen soñando en los surcos
maravillosas grandezas...
Son así.

JUL.

(Tristemente).

¡Dichosos ellos
que en luchas aventureras
ni torturan el cerebro
ni consumen la existencia!

(A su hermana, con mucho carlifo).

Ya lo sabes, Guadalupe;
nos vamos, y tú te quedas
sola con los pobres viejos...
no les abandones; piensa
que en tu voz de golondrina
va su salvación envuelta.

GUAD.

(Con ingenuidad infantil).

¡Qué cosas decís!... Tranquilos
podéis marchar, que en la ausencia
yo seré quien de la choza
vaya ahuyentando la pena.

Cuidaré de nuestros padres
con esclavitud de sierva,
y ellos serán en mi vida
lo único que la merezca.

PEPE

(Agradecido).

¡Sí que eres, hermana mía,
en la confesión sincera;
pero más tarde!... ¡Quién sabe
si pensarás como hoy piensas!

Vendrán los años, poniendo
en tu rostro gracias nuevas,
y sin que tú lo ambiciones
serás más gentil, más bella.

Te brindarán, entre dulces
coloquios y frases fiernas,
con venturosos halagos
nuevos carifios de fuera,
y ese corazón que ahora
tan sólo a los padres sueña,
seducido, enamorado,
formará otro hogar...

GUAD.

¡Qué idea!

¿Dónde mejor que en los padres
la felicidad se encuentra?;
¿quién gozará en nuestras risas?
¿quién temblará en nuestras penas
y velará por nosotros
con más constancia y firmeza
que los padres?

(Resueltamente).

Id tranquilos;

con ellos la vida entera
 pasaré, y aunque otro afecto
 extraño en mi pecho prenda,
 antes que crezca y se arraigue
 lo haré morir.

JUL.

(Acariciando a su hermana).

¡Pobre nena;
 tú no sabes de esas cosas!
 No te aprestes a saberlas,
 porque esa risa de plata
 y ese candor, se conservan
 mientras libre el pensamiento
 de románticas querellas,
 es en el vivir humano
 la voluntad quien ordena...

(Pausa corta).

¡Lupita!... Cuida esta choza
 como un huerto en primavera;
 pon tus más ricos afectos
 y tus amores en ella,
 que si un día, satisfechos,
 retornamos de esas tierras
 en brazos de la fortuna,
 la más preciada diadema
 y el recuerdo más hermoso
 los tendrás tú, por ser buena.

ESCENA DECIMA

DICHOS y señora EMILIA. Luego, señor PEDRO.

EMIL.

(Llega por lateral derecha y trae los útiles necesarios para la cena.—Tristemente).

Dejad el tema inquietante
 que ya es hora de cenar.

(A Pepe)

¿Y el padre?

PEPE

Se fué a cuidar
 las yuntas, hace un instante.
 No ha de tardar en venir...

JUL.

(A su madre)

¿Por qué, madre, esa tristeza?
 Más valor, más fortaleza,
 menos luchar y sufrir.

EMIL.

(Va extendiendo el mantel y colocando sobre la mesa platos, cubiertos, etc. Guadalupe, que ayudará a su madre en esta labor, vase, apenas concluída, por lateral derecha)

¡Empeño vano!.. A medida
 que van las horas corriendo,

va el corazón comprendiendo
lo injusto de la partida.

(Con honda emoción)

A la idea de esperar
horas de paz, no me avengo...
¡ya con el dolor, no tengo
ni fuerzas para llorar!

JUL.

(Suplicante)

¡Madre!

EMIL.

La duda fatal
de esta ausencia, me aniquila...
¡y aun pensáis que esté tranquila
buscando alivio a este mal!
¡Empresa inútil!.. En tanto
que estéis en extraños suelos,
ni han de concluir mis duelos
ni ha de cesar mi quebranto.

(A su marido que llega por el foro izquierda)

¿Si queréis cenar?..

(Vuelve Guadalupe y trae una cazuela con sopa y un puchero, que dejará sobre la mesa. Se sientan todos y comienzan a cenar muy desganados)

PED.

Al cabo

se va a lograr vuestro sueño
y aunque yo por el empeño
ni os censuro ni os alabo,
como ofrenda cariñosa,
—pues que os caminaís tan lejos—
os daré sanos consejos...
¡no os puedo dar otra cosa!

(Lentamente, con la dignidad del campesino hidalgo y bonachón)

Humildes, nobles, sufridos
y a la virtud consagrados;
dignos siempre, siempre honrados...
¡que al cabo seréis queridos!

Y aunque os mime la fortuna,
decid con firmeza ufana
que la tierra castellana
os deparó honrosa cuna.

No por venturas remotas
deís el hogar al olvido;
fened como un don querido
la convicción de patriotas...

EMIL.

(Interrumpiéndole)

Y si no podéis lograr
el triunfo, ved lo que os digo:
volved a este pobre abrigo...
¡AL ABRIGO DEL SOLAR!

Aquí la quietud sencilla
gustaréis de los rastrojos,
cuando tornéis vuestros ojos
al regazo de Castilla.

- GUAD. En él hallaréis la paz
de pasadas desventuras,
cuando el sol de las llanuras
os envuelva en caridad.
- PED. Y al calor de unos amantes
brazos, en gratos sosiegos,
otra vez seréis labriegos
los que fuisteis emigrantes...
- JUL. (A todos: muy conmovido)
En esa dicha creemos
y ella nuestros pasos guía...
tened por cierto que un día
a esta choza volveremos;
que no en pensamientos vanos
llevamos por los caminos,
noblezas de campesinos
y amores de castellanos.
(Mirando al reloj)
Casi es hora de marchar
y el tiempo no hay que perder:
vamos, Pepe, a recoger
las cosas que hay que llevar.
(Se levantan los dos y vanse por lateral izquierda)

ESCENA UNDECIMA

Señor PEDRO, señora EMILIA y GUADALUPE: luego D. ANDRÉS

- PED. (A su esposa que se ha quedado apenada)
No sufras más... Dios lo quiere:
¡respetemos sus sentencias!
- EMIL. (Sollozando)
¡Pensar que han de ser tan largas
las horas que nos esperan!..
- GUAD. (También muy afligida)
¡Y recordar que a esta casa
no vendrán más que tristezas!..
- PED. (En actitud de mediación)
Verdad es; antes sus risas,
como un sol de primavera
nos alentaban a todos;
nos daban calor y fuerza.
Ellos estaban al campo;
¡los teníamos tan cerca!..
Todos los atardeceres,
a la hora de la puesta,
regresaban satisfechos
por las conocidas sendas,
y nos contaban sus cuifas,
sus alegrías, sus penas...
y así, compartiendo todos

las tribulaciones, eran
 menos tristes, menos duras,
 más cortas, más pasajeras...
 Desde ahora...

DON ANDRÉS

(Entra por el foro derecha)

Buenas noches.

¡La paz del Señor descienda
 sobre este hogar en desgracia!

PED.

EMIL.

GUAD.

DON ANDRÉS

(Se levantan)

Buenas noches.

(Cortésmente, notando en la mesa los útiles de cenar que Guadalupe irá quitando por lateral derecha)

No quisiera

que mi llegada a esta hora
 les proporcione molestia.

EMIL.

DON ANDRÉS

Ya habíamos terminado.

(Al señor Pedro)

¿Por fin hoy?

PED.

Es cosa hecha,

don Andrés; de aquí a unos días
 ya estarán en otras tierras.

DON ANDRÉS

(Con naturalidad)

¡Diantre de chicos!.. ¡Qué cosas
 más temerarias proyectan!

Ya les dije que esas ansias
 de acaparar las riquezas
 de otros suelos, casi siempre
 resultan vanas empresas:
 que aquí, al calor de la choza,
 con las ambiciones puestas
 en el sentir campesino,
 no es tan triste la pobreza:
 pero ellos, que al fin y al cabo
 son buenos hijos y esperan
 ayudar a sus viejucos,
 razonan a su manera
 y dicen que aquí, en Castilla,
 se malogran las haciendas,
 y que es ingrata la suerte
 de los labriegos que esperan...

EMIL.

(Compungida)

Eso dicen.

PED.

(Con sencillez admirable)

Y yo creo

que sólo por esas buenas
 intenciones que les gufan
 y ese entusiasmo que llevan,
 en esos pueblos lejanos
 harán suerte...

EMIL.

PED.

¡Dios lo quiera!

Triste es la marcha, que al cabo

esta casa, con la ausencia
de los dos, y allá tan lejos,
bien solitaria se queda.

DON ANDRÉS Hay que ahuyentar los prejuicios
y tener más fortaleza...

(Mirando por lateral izquierda. Guadalupe, que ya
habrá concluido de quitar la mesa, llega por lateral
derecha y se queda en escena)

Aquí vienen.

EMIL. ¡Bien ingrata
la noche se nos presenta!

ESCENA FINAL

DICHOS, JULIO y PEPE

(Vuelven, trayendo maletas, fundas de almohadas
con ropa etc.).

JUL. (Al sacerdote).

¡Don Andrés!...

EMIL. ¡Pobres hijos!

PED. ¡Ha sonado la hora!

¡Así entierra este suelo su hermosa juventud!

AND. Es el sino del llano, que se estremece y llora...

(Dando la mano a los que se marchan).

Buena suerte, y Dios haga que volváis con salud.

PED. (A sus hijos).

Peregrinos hidalgos de leyendas galanas,
vais a ofrendar de España la noble tradición
con la fe por emblema y la paz por blasón
gustados en las pobres casuchas castellanas.

Sois el símbolo hermoso de un ayer invencible
y en vuestros pechos arde la llama del deber;
acaso sois Quijotes, pues que vais a emprender
un viaje a las remotas tierras del imposible.

¡Juventud!... ¡Fortaleza!... ¡Cariños!... ¡Aventuras!...

eso lleváis vosotros de este patrio solar:

¡Vejez!... ¡Horas de llanto!... ¡Necesidad de amar!...

eso es lo que les resta no más a las llanuras.

Igual se fueron muchos... Hoy para resugir
las historias benditas de la estirpe admirada,
quedamos solamente los ancianos... ¡la nada!...
los que en vano aguardamos la hora de morir.

(Desde la ventana y en una hermosa actitud de
dignidad).

¡Castilla!... De tus bellas horas emocionantes;
de tus versos de amor, de tus quimeras,
se han hecho una revuelta procesión de emigrantes
y un montón formidable de viejas calaveras.

No te importe... Los pocos abuelos que quedamos, aun haremos de nuestras decrepitudes, bríos para tornar al llano los viejos poderíos que arrancaron los tiempos de tus escudos.

(A sus hijos).

Vamos.

(Señora Emilia y Guadalupe besan repetidas veces a Julio y Pepe, y la primera se deja caer, sollozando, en una silla cercana, al tiempo que los emigrantes, seguidos del señor Pedro, salen por el foro derecha. Guadalupe se abraza a su madre, llorando también. Don Andrés, desde la puerta, los mira alejarse...)

Los actores darán a este gran momento de sublimidad, la emoción artística que entraña).

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL ACTO PRIMERO

EUSTERIO B. ALARIO-MONTES

(Aurelio Bay)

(Continuará).

Tragedia

Teófilo.—Eugenia.—El Coro

I

El corazón del sabio en la casa del llanto y el corazón de los insensatos en la casa de la alegría.
Eclesiastés.

TEÓFILO —Cuando en la inconsciencia vivimos somos felices, pero si meditamos fatalmente hemos de entristecernos, pues los dioses castigan a los que el velo de Isis pretenden levantar, con la muerte de la alegría. ¿Por qué pues, pensar, si hallaremos que la Vida es un inmenso sepulcro blanqueado; que donde quiera todo es crueldad y dolor?... ¡Oh, divina inconsciencia que sólo ve la superficie de las cosas!... Quien te posee puede reír y admirar la belleza y amar... Pero merced a la razón vemos junto a nuestra alegría infinitos dolores, y ya el goce no es pleno. Si acaso en nuestro espíritu brilla la luz de la cultura y nos proporciona puros deleites, vemos infinitos seres más aptos que nosotros que viven y mueren en perennes tinieblas, forzados a trabajos embrutecedores para ganar su pan y el de otros que no le ganan...

¡El horror es pensar!... Eran como un bálsamo los campos hermosos, las montañas de formas armónicas y el mar. Juzgué que los hombres que rodeados de tales bellezas vivían,

eran felices, justos, buenos, y veo que no lo son: se odian siendo hermanos y profanan la hermosura de la tierra divina con bajas acciones y bajas ideas... Quiero no pensar más. Vivir como cualquiera de esas personas cuyo intelecto y cuya sensibilidad no son muy superiores a los de un animal...

* * *

ORESTES.—Los espectros terribles que me miran no son sombras vanas. ¡Ciertamente, son las perras furiosas de mi madre!

EL CORO DE LAS COÉFORAS.—Tienes aún su sangre fibia en tus manos. Eso es lo que te turba tu mente.

ORESTES.—¡Rey Apolo! ¡Su número aumenta!
¡Sangre espantosa les mana de los ojos!

EL CORO DE LAS COÉFORAS.—Purifícate en la morada. Si te prosternas ante Loxias libre te verás de tus males.

ORESTES.—¡No las veis, pero yo sí las veo! ¡Me arrojen! No puedo seguir más aquí.

EL CORO DE LAS COÉFORAS.—¡Pues sé dichoso!
¡Mírete benévolo un Dios y de infortunio te preserve!
Esquilo.

- TEÓFILO —Con sentimiento dejo esta casa en que pasaron mis primeros años.
- EL CORO —¿Qué te ocurre?... Volviste a tus lares después de mucho tiempo, estabas alegre en ellos. ¿Por qué los abandonas?
- TEÓFILO —Vosotros no comprendéis la causa de mi partida, sois inconscientes; todo es diáfano para vosotros, no sentís cual yo el inmenso e inacabable sufrimiento de los seres, que aún más agudo se me hace en estos lugares en que en otros tiempos, como vosotros, fui inconsciente.
- EL CORO —¿Qué sufrimientos dices? No te comprendemos. Son vestigios de la dolencia que contrajiste en tus viajes y estudios.
- TEÓFILO —¿No veis el cortejo de espectros que originan el dolor?... El Egoísmo, la Intransigencia, la Ignorancia... Todo lo invaden... Impiden el desarrollo del Bien...
- EL CORO —No hay espectros. Son tus delirios castigos de los Dioses que abandonaste; prostérnate ante ellos y te librarán de tus males.
- TEÓFILO —No los veis, sois increíblemente ciegos; pero yo sí, por eso parto.
- EL CORO —Pareces resuelto y no hemos de convencerte. Séante los Dioses propicios.

* * *

Home, sweet home.

(Canción inglesa)

- TEÓFILO —Saben los dioses cuál es mi sentimiento al dejar los sagrados lares, plenos de recuerdos para mí. El hogar es el puerto

sereno del espíritu, maltrecho por una vida envilecida. Todo nos habla con ternura, calladamente, en él: los oscuros muebles, las claras alcobas donde nacimos y donde murieron seres queridos, las amables ventanas, con un rellano, de donde, cuando niños, hurtábamos las acuosas peras y las coloradas manzanas puestas a madurar por la vieja aya de manos cuidadosas...

Y, sin embargo, le abandono, pues en él el sufrimiento se me agudiza inmensamente... Porque ¿hay algo más horrible que ser infeliz donde fuimos dichosos, y ver el dolor en seres impotentes para remediarle? Preferible es partir.

EUGENIA —En tu tribulación no puedo consolarte, pues para mí la vida es, cuando pienso, un misterio cruel y bello... Pero sin embargo, aunque las tinieblas me rodean, presiento en ella un dón magnífico que desconozco... A veces es tiránica, ¿cómo dudarle? pero en cambio otras es tan noble, tan amable, tan balsámica, que más bien semeja espléndido presente que injusto y ruin castigo. ¿Qué decirte, pues? Esta creencia está tan arraigada en mí, que en vano intentaría arrancarla. Parte si crees te sea conveniente, que acaso en nuestra perenne evolución la luz bella y justa ilumine nuestra noche oscura.

II

Tu mal no proviene de otro espíritu que esté fuera de ti.

Marco Aurelio.

TEÓFILO —Vuelvo de nuevo a los sagrados lares, y ya muchos años rozaron mi frente con sus blandas alas (como los ángeles dantescos), borrando falsas ideas que antaño fueron normas en mi vida.

EL CORO —¡Salud! Plácenos de nuevo verte entre nosotros.

TEÓFILO —Sí, otra vez estoy en mi casa, que ya no volveré a dejar.

EL CORO —¿No te atormentan, pues, los espectros de antaño? ¿No los ves ya?

TEÓFILO —Sí, aun los veo, pero no me inquietan, pues no son nacidos al azar ni por capricho de los dioses: son consecuencia de nuestros pensamientos y actos; su muerte está en nuestras manos.

EL CORO —¿Dices que la muerte de las sombras lamentables está en nuestras manos? ¿Cómo es esto?

TEÓFILO —Poseemos una fuerza maravillosa: la Voluntad. Con ella podemos moldear nuestro propio destino; cuando esto ocurra, comenzará en las inteligencias el Ocaso de los Dioses, que se desvanecerán con el cortejo de las sombras lamentables.

... porque no es fácil formarse la idea de un Dios inconsiderado y sin reflexión; ¿pues por qué se habrían de mover ellos a la resolución de hacerme mal?

Marco Aurelio.

- TEÓFILO —Heme aquí que retorno al techo sagrado del hogar.
- EUGENIA —Grande es mi alegría, pues tu ausencia fué larga. Lejano está el día en que partiste.
- TEÓFILO —¡Cuántas ideas cruzaron por mi mente en este tiempo!... Tú entonces nada en concreto me dijiste; eras como aquel hombre recto, como dijo el sabio: «No sabe más que los otros acerca de la Vida, pero afirma con más valor y tiene confianza en el misterio. Es necesario vivir vosotros los que pasáis días y años sin acciones, sin pensamientos, sin luz, porque la vida, a pesar de todo, es incomprensible y divina».
- EUGENIA —Sí, así era, siempre tuve confianza, creí siempre en el triunfo del Bien. Cuando te vi marchar, entristecíme, pero luego dije: «Los dioses que le impulsan no pueden guiarle hacia el Mal», y esperé sin inquietudes, sin impacencias... Acaso volvieses...

L. G. SANTA-MARINA.

Relación de algunos Caballeros de las Ordenes militares de Valladolid y su tierra

De entre los honores más apreciados durante los siglos xvi y xvii, era el de más alta estima el pertenecer a las órdenes caballerescas, cuyos hábitos daban lustre e hidalguía y, por ende, preeminéntísimo puesto en las villas y ciudades donde vivían y moraban, a los que, por su ingreso en ellas, ostentaban entre sus títulos el de Caballero, muy en primer lugar.

Claramente se echa de ver el singular brillo del título de Caballero de Alcántara, Calatrava, Montesa o Santiago, al revisar los pleitos y ejecutorias habidos en los pasados tiempos. A la cabeza de las Reales Provisiones y Autos, si el que litiga es profeso en cualquier orden militar, cuida de mostrarlo y antepone su dictado de Caballero al de duque, señor o conde, reputando así como altísima merced ésta de la Caballería.

Antes, más que ahora, se hilaba más delgado en el asunto: ingresar en una Orden significaba probar bien y cumplidamente la hidalga condición del pretendiente; en los tiempos que corremos se presume de ser

escrupulosos en las informaciones caballerescas, muy al revés— dicen los interesados— de lo que acaecía en los tiempos que fueron.

Pues en verdad que es todo lo contrario lo que acontee: antaño se hacían las pruebas y argumentaciones de hidalguía, de tal suerte que no quedaba cabo por atar ni probanza por aducir y remachaban el clavo afirmando donosamente que no hacían más justificación *por evitar prolijidad...* Hogaño se da pábulo más a la forma que al fondo, dicho sea con todos los respetos...

Y en fin de cuentas, antes más que ahora había una poderosa razón que alambicaba y se oponía a las declaraciones de hidalguía e ingreso en Ordenes: la razón económica, pues sabido es que la afirmación de notoria nobleza daba al hidalgo la singular merced de excluirle de pechos, tributos y derramas reales y concejiles. Hoy tan alta merced, o mejor pudiéramos decir, tan regalada ganga no existe; los nobles y los plebeyos pagan por igual...

El Índice de Pruebas de los Caballeros que han vestido el hábito de Calatrava, Alcántara, Montesa y Santiago, formado por mi ilustre maestro D. Vicente Vignau y el académico R. de Uragón, allá por los años de 1901 y 1903, es un merítísimo trabajo de benedictina paciencia que les acredita con largueza de excelentes paleógrafos e historiadores. Tienen, sin embargo, los dos índices algunas omisiones; ya lo declaran sinceramente sus autores, que son los primeros en percatarse de la magnitud de la empresa que es reunir todos los nombres de los Caballeros militantes en las distintas Ordenes y afirman la posibilidad, aun más, la seguridad del hallazgo de otros documentos y la aportación consiguiente de otros caballeros.

Y he aquí que en el Archivo de la Real Chancillería he encontrado uno ¹ de 3 de Abril de 1697, que dice así: *Memoria de los títulos y caballeros q se allan con avitos a los pechos de las tres Ordenes Militares de Santiago Calatrava y Alcantara que residen así en esta ciudad de Vallid como en algunas villas y lugares de su partido de que se a echo Memoria al presente.*

Algunos de los que figuran vienen consignados en los Índices referidos; otros, los más, son desconocidos, pero lo interesante y curioso de la lista estriba en la circunstancia de ser los que la forman Caballeros naturales o residentes en Valladolid y su jurisdicción; nota que ha de aprovecharse para la Historia de nuestra ciudad. Hela aquí:

El Sr. D. Pedro Márquez de Zuñiga, Oidor de esta Chancillería, del hábito de Santiago.

El Sr. D. Víctor José de Medina Rosales, Oidor de la Chancillería, de Alcántara.

El Sr. D. Pedro de Gamarra y Arriaga, Oidor, de Santiago.

El Sr. D. Francisco de Toro Muñoz, Oidor, de Santiago.

El Sr Marqués de Arco, Oidor, de Calatrava.

1 Sección de Cédulas, Privilegios, Pragmáticas y Mercedes.—Leg. 2.

El Sr. D. Juan Blasco y Orozco, Alcalde del Crimen, de Calatrava.
 El Sr. D. Francisco de Santelices Guevara, Alcalde de Hijosdalgo,
 de Calatrava.

El Sr. Conde de Monterrón, Alcalde de Hijosdalgo, de Santiago.

El Sr. Marqués de Tarasa, de Santiago.

El Sr. Marqués de Valverde, de Calatrava.

El Sr. Marqués de Castel-Moncayo, de Santiago.

El Sr. D. Joaquín de Fuen Mayor, su hijo, de Calatrava.

El Sr. Conde de Cancelada, de Santiago.

El Sr. Marqués de Torresoto, de Santiago.

El Sr. Marqués de Olivares, de Santiago.

El Sr. Vizconde de Valoria, de Santiago.

D. José de Arce, Colegial de Santa Cruz, de Alcántara.

D. Pedro de Arce, su hermano, de Alcántara.

D. Diego Ramírez Baquedano, Colegial de Santa Cruz, de Santiago.

D. Esteban de Otazu, del mismo Colegio, de Santiago.

D. Manuel de Tordesillas, Sargento Mayor de esta ciudad, de Santiago.

D. Juan de Bedoya Cossío, Pagador de esta Chancillería, de Calatrava.

D. José Peñas y Velasco, Registrador y Archivero, de Santiago,

D. Alonso de Aguayo, de Calatrava.

D. Juan de Agüero, de Calatrava.

D. Juan de Soto Urruchoa, de Santiago.

D. Juan Lisón de Tejada, de Santiago.

D. José Valmaseda, de Santiago.

D. Juan de Aguila, de Santiago.

D. José de Cárdenas, de Santiago.

D. Francisco de Castro, Capitán de Caballeros, de Santiago.

D. Juan García de Oballe, de Santiago.

D. Francisco de Cossío, de Calatrava.

D. Juan Antonio de Salinas, Alcalde Mayor de Rioseco, de Calatrava.

D. Juan de Rivera y Ulloa, vecino de la misma ciudad, de Santiago.

D. Diego Cabezón y Sese, vecino de la misma ciudad, de Santiago.

D. Gaspar Ventura de Galarza, vecino de Villabrágima, de Calatrava.

D. Ignacio del Orden, de Santiago.

D. Diego Escudero y Eraso, de Calatrava.

D. Juan Fernández de Ugarte, de Calatrava.

Y de mandato de su Señoría Ilustrísima el Señor Presidente electo Obispo de León lo firmo en Valladolid a 3 de Abril de 1692.—Francisco de Castro Taboada.»

FRANCISCO MENDIZÁBAL.

Balada (De Víctor Hugo)

Écoute-moi, Madeleine...

Escúchame, Magdalena.
La campiña está serena.
El invierno ha huído ya.
Ven al bosque, que mi gente
de la trompa el són valiente
a lo lejos seguirá.

Se diría, Magdalena,
que por ti, feraz y amena,
Primavera vuelve aquí,
y en el valle y los alcores
su manto, lleno de flores,
sacude sólo por ti.

¡Si yo fuese, oh Magdalena,
la oveja que, al miedo ajena,
tus caricias va a buscar!
¡Si fuese el pájaro inquieto
que escucha, como en secreto
tu dulce voz al pasar!

¡Si yo fuese, oh Magdalena,
la noctívaga falena
que busca un sol ideal,
y con loco atrevimiento
de tu callado aposento
golpea el limpio cristal;

cuando sale, oh Magdalena,
del corpiño que le enfrena
tu cuerpo, que es un primor;
cuando, viéndote desnuda,
corres al espejo, muda,
y le tapas con pudor!

Si tú quieres, Magdalena,
de siervos y pajes llena
tu cámara se ha de ver,
y alfombras y terciopelos
de tu capilla en los suelos
puedes, fastuosa, tender.

Si tú quieres, Magdalena,
en vez del nardo y verbena
con que te adornas no más,
como arrogante matrona
una espléndida corona
de condesa ceñirás.

Si tú quieres, Magdalena,
reinarás, libre de pena,
donde soy conde y señor.
Estas rústicas mansiones
deja ya... si no dispones
que yo me vuelva pastor.

Yo recuerdo... (De Tomás Hood)

I Remember, I Remember.

Yo recuerdo, yo recuerdo
la casa donde nací,
la ventana donde el sol
jugueteaba al salir.

Nunca tardó con el día,
nunca demoró su fin.
¡Hoy deseo muchas veces
que se oculte en el cenit!

Yo recuerdo, yo recuerdo
las rosas, rojas y blancas,
las violetas y los lirios,
flores de fuego y de llamas.

El lilac, refugio de aves,
y el sitio donde plantara
mi hermano el *laburnum* santo.
¡Aun el árbol da fragancia!

Yo recuerdo, yo recuerdo
que iba al columpio a mecirme,
y en alas del viento raudo
me arrojaba osadamente.

Mi ánimo, tan torpe ahora,
era entonces pluma leve,
¡y desafiaba al frío
con el calor de mis sienes!

Yo recuerdo, yo recuerdo
tristes álamos, sombríos:
sus copas me parecían
perdidas en lo infinito.

Era infantil mi ignorancia;
mas mi gozo es hoy mezquino
al encontrarme del cielo
más lejos que cuando niño.

NARCISO ALONSO CORTÉS.

Anales del Teatro Español

(CONCLUSIÓN)

31 Marzo.—En uno de los corrales valencianos empezó a funcionar la compañía de que era autor Juan de Navas, siendo tercera dama Juana Blanco, cuarta Manuela de Sierra, quinta Antonia la Rosa, séptima María Blanco, segundo gracioso Juan Manuel Mendieta y sobresaliente Teodoro Modoro.

16 Junio.—Los PP. Francisco de Navascués y D. Félix de Arroyal, del Oratorio de San Felipe Neri, presentaron al Cabildo de Sevilla una solicitud en demanda de la propiedad del corral del Coliseo, con objeto de fundar en aquel sitio, comprometiéndose a resarcir a la heredera de D.^a Laura de Herrera, lo que fuese justo. El Cabildo no accedió.

Junio.—Con motivo de las fiestas del Corpus se representó en Granada la mojiganga, original de D. Francisco Rico de Urrieta, *El diablo*, cuyo manuscrito, que fué de Durán, se conserva en la Biblioteca Nacional.

Se representaron los autos del Corpus en Madrid, siendo escritos por D. Gil de Zamora.

30 Julio.—Se representó en el Retiro de Madrid, ante SS. MM., la comedia: *Ipodamia y Pelope*, original de D. Sebastián Rejón.

23 Diciembre.—Dictó un Auto el Corregidor de Madrid, D. Francisco de Vargas, mandando a los autores representasen comedias proporcionadas y de buen gusto.

26 Diciembre.—Empezó a representar en Valencia la compañía de Juan Ruiz, donde iba como dama Ana Hipólita.

Diciembre.—Falleció en Madrid el poeta dramático D. Manuel Vidal y Salvador. Nació en Torre Blanca (Cataluña). En Valencia se graduó de Doctor en Leyes. Fué oficial de la Secretaría del Consejo de Estado y traductor de lenguas. Lo protegió la Reina D.^a María Luisa de Orleans, a la cual debió merced de hábito y la plaza de Secretario del Consejo de Estado. Entre sus comedias citaremos: *Disimular es vencer*, *Amor, fineza y corona*, *El angel de las Escuelas*, *La toma de Buda*, *El mejor Sol de la Vega*, *Céfalo y Pocris*, *Paces de ingenio y belleza*, *Amor procede de amor* y *Música enseña el amor*.

1698

Murió en Madrid, el comediante Antonio Leonardo, conocido por el *Bayo* y por *Fachadas*, casado con una nieta de la *Bella Amarillis*, y el cual figuró en las compañías de Ordaz, Olmedo (Hipólito), Pascual y Castillo.

La ciudad de Zamora acordó ayudar con 500 Reales a la compañía de Juan Antonio Pernía, que hizo varias comedias en aquel corral.

.....

Murió en Jaén la comedianta Antonia de la Rosa.

.....

Murió en Llerena la comedianta María de Torres, que figuró en la compañía de Miguel de Castro. Era hija de D.^a Leonor de Villanueva.

.....

Murió la comedianta Paula López, mujer que fué de Juan Antonio Carvajal y luego de Juan Ruiz. Estuvo en las compañías de Félix Pascual, Isidoro Ruano, Esteban Vallespir, Damián Polop y Manuel Vallejo.

.....

Murió en Guadix la autora María Enríquez, conocida por *Punto y medio*, que recorrió con sus comediantes los reinos de Valencia y Andalucía.

.....

El Corregidor de Madrid dictó el siguiente auto:

«En la villa de Madrid á 29 días del mes de Noviembre de 1698 años el Sr. D. Francisco de Vargas y Lesana, Caballero del Orden de Calatrava, del Consejo y Contaduría de Hacienda de S. M., Corregidor de esta villa, dijo; que por quanto Carlos Vallejo y Juan de Cárdenas, autores de comedias, no representan comedias proporcionadas y por esta causa asiste poca gente a verlas, de que resulta gran perjuicio, así á los hospitales de esta corte, por estar apegado á ellos el producto de los arrendamientos de los corrales de comedias, como a los interesados en las sisas de la sesta parte, mediante la cual S. S. mandó se notifique a los dichos Carlos Vallejo y Juan de Cárdenas, representen comedias proporcionadas, y en la conformidad que están obligados, ó de calidad que no se esperimenten semejantes inconvenientes y que el pueblo logre de buenos festejos como conviene, con apercibimiento que no lo ejecutando así se les sacarán á cada uno de los dichos Carlos Vallejo y Juan de Cárdena, 500 ducados, además de que se pasará á lo que hubiere lugar en derecho, y lo señaló S. S.—Vargas—Ante mí—Miguel Toribio (Armona)».

.....

Trabajó en Madrid la compañía de Carlos Vallejo, figurando como segunda dama Juana Laura. Era ésta mujer de un sastre de Córdoba, pero con vocación a la escena se fué a Cádiz con la compañía de la Plana. Iban también Manuela de la Cueva de cuarta dama, Antonio de Prado, como 5.^o galán, y Alonso de Olmedo para papeles de por medio.

.....

Ante SS. MM. se representó en el jardín de la Priora, la comedia *Celos vencidos de amor y de amor el mayor triunfo*, original del Conde

de Clavijo, D. Marcos de Lanuza. Este poeta fué Gentil Hombre de Cámara de S. M. y Consejero de Hacienda. Son también suyas las zarzuelas *Hypermnestra* y *Linceo*, con su loa *Los Belides* y *Los cielos premian desdenes*, *Júpiter e Io*.

1699

21 Enero.—Nació en Lisboa el poeta dramático Alejandro Antonio de Lima, hijo de Francisco Méndez de Barbosa y Lima y de D.^a Josefa Teresa de Moura. Escribió *Nuevos encantos de amor* (comedia) y *El Zeloso* y *el avaro*.

8 Abril.—Acordó la ciudad de Antequera, conforme a lo solicitado por los Reverendos Padres Prior del Convento del Carmen Calzado y Rector de la Compañía de Jesús, no dar licencia para representar comedias a una compañía que se hallaba en la población.

23 Abril.—En Valencia comenzó la compañía de Gregorio Bautista, llevando como sobresaliente a la lojeña Josefa Salvadora, como primera a su mujer Ana Hipólita, como 2.^a a Juana M. Ondarro, como 3.^a a Manuela Zabala, como 4.^a a Manuela de Sierra, como 5.^a a María Bernarda, y entre ellos a Alonso de Olmedo (gracioso), Diego Naranjo, y Andrés Alvarez (arpista).

27 Abril.—Empezó en Valencia la compañía de Juan Ruiz. Iba de cobradora la antigua dama malagueña María Aguado.

30 Abril.—Se leyó en Cabildo una Real Provisión para que se permitiera representar comedias en Antequera, a la compañía de Juan Martínez.

23 Agosto.—Empezó en Valencia la compañía de Juan Antonio Pernía, llevando en lista como primera dama a Paca Correa, su mujer, como quinta a María Pacheco, a Antonio Vela (gracioso), a Fernando Alonso (2.^o gracioso), 4.^o galán L. Correa, músicos Nicolás Antonio y Miguel Serrano, apuntador Juan Manuel y además José Vela y José Martínez.

28 Octubre.—Falleció en Toledo el poeta D. Agustín Moreto Cavana. Dejó todos sus bienes a los pobres y por albaceas a su hermano D. Julián y al Ldo. Francisco Carrasco. El inmortal autor de *El desdén con el desdén* fué sepultado en la capilla de la Escuela de Cristo.

1699

Murió de avanzada edad, en Madrid, la comedianta Luisa López, hija del autor Luis López y de Ana Corbella. Casó con Vicente Domingo, hábil tocador de clarín. Hizo damas con gran aceptación.

Firmó en Villaconejos el escritor D. Felipe Sánchez Carralen, su *Loa al Nacimiento de Nuestro Redentor Jesucristo*, que se conserva en la Biblioteca Nacional.

Se otorgaron por el Ayuntamiento de Zamora 500 Reales de ayuda, a la compañía de Juan Antonio Guevara, que representaba en la Casa de Comedias.

Murió el Poeta D. Fernando de Meneses, autor de la comedia: *No es desengaño el desprecio*, la cual tiene loa y bailes. Fué Consejero de Estado y Guerra en Portugal.

Falleció en Madrid la comedianta Manuela Fernández.

Falleció en Evora la comedianta María Antonia Durán.

Murieron en Madrid los comediantes Domingo Romero y Carlos de Vallavicencio el *Chambergó*. Este fué notable gracioso. Estuvo mucho tiempo en la compañía de José Antonio Guerrero.

Actuó en Madrid la compañía de Carlos Vallejo, figurando en ella como 2.^a dama Petronila Caballero y como 4.^a Manuela de la Cueva.

En Barcelona falleció la comedianta Isabel María.

Estuvo en los corrales de Madrid la compañía de Juan de Cárdenas. De cuarta dama iba Manuela de la Baña y de sobresaliente Margarita Ruano.

Murió en Málaga el actor Antonio de Robles. Estuvo de segundo con Fulgencio López. Fué gracioso (1670 a 75).

Falleció en Zaragoza la comedianta *Marfa Luisa*, que estuvo en la compañía de Miguel de Castro.

Representó en Valencia José Ramón, llevando de segundo a Alonso de Molina.

Murió el actor Diego Antonio Cáceres.

La comedianta Juana M. Ondarro, casó en Madrid, en segundas nupcias, con Juan Antonio Urriaga.

Murió en Granada el actor Manuel Maroto.

.....

El primer galán Baltasar de Rojas, conocido en los carteles por Manuel Angel, que se hallaba retirado en Granada, volvió a formar compañía, a medias con un mercader de sedas, regresando con ella a Madrid.

1700

13 Enero.—Nació en la villa de Alagón el que luego fué Provincial de Dominicos Fr. Antonio Garcés, que escribió una *Consulta sobre las comedias y bayles de contradanças (1756)*.

31 Marzo.—Empezó a trabajar en Valencia la compañía de Juan de Navas, donde figuraba como primera dama Ana Hipólita.

12 Abril.—Comenzó en los corrales de Valencia la compañía de Juan Antonio Pernía, siendo la primera dama su esposa Francisca Correa. El año anterior habían estado allí y gustaron mucho. Iba como gracioso Antonio Vela, de 4.º galán José Vela, de apuntador Juan Manuel y de músico Nicolás Antonio. Juan Antonio Pernía hacía los terceros galanes.

26 Abril.—Murió en Madrid, de edad avanzada, la cómica, natural de Velez Málaga, María Antonia de León. Estuvo casada con Alonso de Olmedo, de quien se separó a poco. Dejó una buena fortuna y considerables legados a los Hospitales. La causa de su separación de Olmedo fué por haberla robado, al salir un día de la casa de comedias, el Almirante de Castilla.

Junio.—Actuó en Aranjuez la compañía de Juan Francisco Saelices, que pasó luego a Madrid. Figuraban en ella: Margarita de Castro, como sobresaliente, Salvador de la Calle (gracioso), Francisco Manuel (2.º gracioso), Juan de Montiel (barba) y Antonio Gamarra (papeles de por medio). De segunda dama iba la mujer del autor, Josefa Salvadora.

Julio.—Estuvo representando en Madrid la compañía de Juan Francisco Saelices.

Agosto.—Actuó en Madrid la compañía de Mateo de Navarra, donde iba Francisca Campanos, mujer de Juan de la Calle, y Miguel de Castro, como músico.

—Seguía representando en Madrid la farándula de Juan Francisco Saelices.

21 Setiembre.—Fué aprobado para su representación el entremés de *La Pandera*, original de Pablo de Polope y Valdés, cuyo manuscrito se conservaba en la Biblioteca de Osuna.

7 Octubre.—Confirió el Consejo licencia para representar en Zamora a una compañía de cómicos que estaba en Salamanca. Debió de empezar el 20, pero al saberse la enfermedad del Rey, se acordó no permitir las comedias.

19 Diciembre.—Para celebrar la proclamación del Rey Felipe V, el Alférez Mayor de Cádiz D. Juan Gregorio de Soto Avilés, dió un suntuoso banquete y se representó en su casa la comedia de Calderón *Las armas de la Hermosura*, precedidas de una Loa escrita para este objeto.

1700

Murió en Madrid el representante Tomás García.

Con motivo de ser elegida Priora del Convento de la Madre de Dios de Ronda, Sor Antonia Avilés, se representó una Loa, cuyo autor se supone es Fr. Agustín Ramos. El M. S. se conserva en la Bib. Nac.

Falleció en Valencia el poeta dramático Doctor Alejandro Arboreda. Nacido en Valencia, en aquella Universidad estudió Cánones y Jurisprudencia. Fué Catedrático de aquella Universidad. En Madrid ocupó el puesto de Abogado de los Reales Consejos. Entre sus comedias figuraron: *Fieras y astros hace el amor*, *La aurora de San Ginés*, *Engaños hay que son justos y segundo Rey de Roma*, *Amor vencido de celos*, *Cumplir con amor y honor*, *Pasar de un extremo a otro*, *Si amor mata, amor da vida*, *El Príncipe de Condé*, *El triunfo de la belleza*, *La armonía es más encanto* (zarzuelas) y *No hay cautelas contra el cielo*.

Se construyó de madera el Teatro Principal de Cádiz, en la calle de la Novena, en terreno que perteneció a los propios de la ciudad y fué cedido al Hospital de San Juan de Dios.

Lleva la fecha de este año el entremés *La Hidalga*, cuyo manuscrito (Toledo), conservaba el Duque de Osuna y era original del actor y poeta Francisco de Castro.

Representó en Lucena la compañía de Juan Manuel, figurando en ella María Enríquez, hija de la autora conocida por *Punto y medio*.

Se imprimió en Madrid por Lucas Antonio de Bedmar y Narváez, Portero de Cámara de S. M., el folleto en 4.º «*Gracias al Rey Nuestro Señor (que Dios guarde), por la honra que hizo a los Ingenios dexándose servir con academia y comedia de repente, los días de Carnestolendas deste año de 1700*». Lo escribió el autor dramático D. Juan de Bolea y Alvarado, en octavas reales.

Murió en Madrid la comedianta Margarita González, mujer de Francisco de Castro.

Murió la comedianta María Magdalena Domínguez.

Murió en la corte la cómica María de Heredia.

Estuvo actuando en Madrid la compañía de Juan de Cárdenas, la que continuó en los años sucesivos, alternando con la de Villafior hasta 1706. Figuraba como segunda dama la gaditana Juana Laura, como cuarta Manuela de la Cueva, quinta Catalina Chaves, la Portuguesa, sexta Margarita Ruano. De 2.º gracioso Alonso de Olmedo.

Murió en Zaragoza el representante y autor Fulgencio López Pérez, marido de Antonia Manuela la *Pajarita*. Gustaba mucho en Valencia y Cataluña. Hizo galanes en las compañías de Garcerán y Ruano y barbas en la de Esteban Vallespir.

Murió en Alcalá de Henares la actriz Josefa Román, esposa del músico Juan de León, que desde que se retiró de la comedia, hizo una vida ejemplar. Fué excelente músico y perteneció a las compañías de José Verdugo, Magdalena López, Agustín Manuel y otras.

Murió en Talavera la autora de comedias Angela de León.

Actuó en Madrid la primera dama Teresa Robles, trabajando con ella su hermana Juana de Robles, Manuela la Baña, como 4.ª dama, Mariana de León, 5.ª dama, Juana M. Ondarro, sobresaliente, y Ana Hipólita, de dama.

Trabajó en Cádiz la compañía de José de Prado. Iban en ella Manuela de Robles (1.ª dama), Josefa de la Rosa (2.ª dama), Teresa Fernández Navarro (3.ª dama), Alejandro Guzmán (galán), Juan Alvarez, marido de Teresa Polop (2.º galán), Antonio de Prado (gracioso), Francisco del Castillo (4.º galán), Félix Rodríguez (2.º barba), Francisco de Chaves (2.º músico), José Bernardo (1.º músico), Francisco Corbalán (guardarropa) y Francisco de la Cueva (papeles de por medio).

Trabajó en Trujillo la compañía de Mateo de Navarra, en la que figuraba Francisca Campanos, mujer de Juan de la Calle, como 2.ª Josefa Gutiérrez, 2.º galán Juan Pizarro, 3.º galán Manuel Ramírez, músicos Miguel de Castro, 2.º músico Ignacio Francisco Medina, y además Pedro Alvarez de Alcántara y Sebastián de Castro. Esta compañía representó este verano en Madrid.

Representó en Valencia, y luego en Aranjuez, la compañía de Juan Francisco Saelices, quien llevaba a Francisco de Fuentes (vejetes), Salvador de la Calle (graciosos), Melchor Marín (segundos graciosos), Antonio González (segundos barbas), Luis Antonio, y Pedro Adanceta (músico).

Trabajó en Valladolid la compañía de Lucas de San Juan. De ella formó parte el representante Luis Jerónimo, que luego fué notable maestro de armas, astrólogo y matemático; Francisco Martínez, segundo galán, Catalina Ubaldi, cuarta dama, Petronila Caballero, primera dama, Josefa Ignacio, sobresaliente, Juan Francisco Martínez y José López, para papeles de por medio, Agustín de Moya, apuntador y Alfonso de Medina (segundo músico).

Actuó en Zaragoza la compañía de José Andrés, donde iban Luisa Fernández, de primera dama, Juana Blanco, mujer de José Peidró, de cuarta dama, de sobresaliente Miguel de Castro, de gracioso Gaspar de Morales, de 1.^{er} músico Miguel Rodríguez y de 2.^o José Urdaes.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR
Académico C. de la Real de la Historia

Estos eran dos niños

Este era un pastor» creo que se titulaba un cuento de Alonso Cortés, que leí en la REVISTA CASTELLANA. Aquella lectura me interesó hasta conmoverme dulcemente. Era un tierno idilio arrancado de la realidad. Los que sienten inclinación por estas cosas, y se fijan en ellas y las analizan, pero que no conocen más vida y más costumbres que las de ciudades populosas, que son su cuna y su sepultura, encuentran estos episodios campestres un tanto bucólicos y demasiado respetuosos con la Galatea y los diálogos de los pastores de Garcilaso, y por lo mismo arcaicos y ficticios.

Cierto que sólo en la soñada Arcadía e inspirados de cerca por las nueve ociosas hermanas, habrán podido hallarse rústicos tan finamente retóricos; pero zagales instintivamente inclinados a lo elevado y a lo bello pueden encontrarse pastorando cabras en los más empinados vericuetos.

Por eso el pastorcillo que habla con la hija de sus amos que han venido a defenderse de los rigores del estío a su monte, y la recita los cantares y las coplas que ha oído a los aldeanos y los granjeros, y la indica los que merecen su preferencia, y escucha embelesado los versos que su amita le lee o le declama, y siente inefable y purísimo goce en aquellas inocentes conversaciones, y la amarga tristeza, nunca sentida hasta entonces, de que es merecida víctima el sencillo mancebo al ver

partir para la capital, al comienzo del Otoño, a la que ha sido por breves días, tanto más fugaces cuanto más felices, su bondadosa amiga y maestra, es una escena vivida y real que el Sr. Cortés habrá tomado en alguna de sus excursiones veraniegas o de estudio.

En confirmación de ello vamos a copiar fielmente, con la exactitud y el poco arte de una mala fotografía, un episodio infantil presenciado por nosotros.

Por rendir homenaje a la moda, o buscar reparación a la quebrantada salud, un joven matrimonio trasladóse de la populosa ciudad, con su menuda prole, a una desierta selva que por escondida y olvidada aun no ha podido descuajar la civilización y donde la madre naturaleza, sin la menor intervención humana, produjo la más hermosa variedad de aromáticas plantas, con las que los pequeñuelos de los recién llegados y los del guarda-bosque formaban a todas horas los más vistosos y originales ramos.

Tenían los señores una niña de unos mal cumplidos cinco años y los servidores un niño que frisaba en los siete. Apenas las criaturas se vieron, uniéronse estrechamente con infantil afecto, como si adivinasen que en aquella vida selvática el uno había de ser el complemento del otro.

El chicuelo, aunque mayor, se complacía en atender las indicaciones de la niña. Esta, a su vez, como todo cuanto se ofrecía a su vista en tan variado espectáculo era nuevo para ella, apenas recibía una agradable impresión ante un pajarillo o una flor desconocida, cuando otra más sorprendente hería su imaginación y sus ojos, y así saltaba gozosa de un punto a otro aspirando el aroma de tan variadas plantas en cuyo cáliz libaban las mariposas a quienes perseguía. Era una mariposa grande que pretendía cazar a otras menores, pero más vistosamente tocadas que ella. Y como si todo en aquel bosque estuviera sometido a su dominio, alguno de aquellos volubles insectos, dormido, sin duda, sobre una flor a la hora del crepúsculo, brilló tranquilo, como original adorno, en las finas guedejas de la niña.

Su compañero, como decíamos, conocedor de los sitios más ocultos de aquellos agrestes lugares, como criado en ellos, la dirigía por veredas cimbradas de ramaje, sin que infundiera miedo en aquel tierno corazóncito, por la confianza que le inspiraba el *cicerone*, y allí él la enseñaba nidos colgantes de la dorada oropéndola, de la vulgar picaza, y los cuatro palos mal atravesados donde cría su prole la enamorada tórtola. Iban y venían cien veces a visitarlos, y por fin traían gozosos y como en triunfo a los desdichados polluelos, no sin protesta más o menos enérgica de las desventuradas madres; pero que arrostraba el infantil héroe alentando con su ejemplo a su, algunas veces, asustada compañera, feneciendo pronto entre sus manos en fuerza de querer alimentarlos, aquellos inocentes frutos de su rapiña.

En el sitio más ameno que pudiera imaginarse, brotaba un delicioso manantial de entre las raíces de un grupo de vistosos enebros, cuya

sombra protegía, en aquellas calurosas tardes, la verde y tupida hierba que alfombraba todo el valle. Pero no eran todas aromáticas flores ni pintados pajarillos los que allí se criaban y acudían: la fresca atraía también a reptiles más o menos venenosos, y cierta vez ocurrió ver el chiquillo deslizarse a poca distancia de la pareja, una culebra, y sin decir nada a su compañera, por no alarmarla, interponerse amenazante con su palo, dispuesto a luchar valeroso si hubiera sido objeto de una acometida. Y que esto no era un vano alarde de valor, lo demostró cumplidamente otro día en que la niña pisó inadvertidamente la cola de una víbora, porque en lugar de huir, como siempre, el pequeño reptil volvió irritado contra la criatura; esgrimiendo su arma tan a tiempo y con tanta serenidad el niño, que debió tronzarle una vértebra, porque la alimaña se revolvía sin poder avanzar y su adversario la destrozó con una piedra. El infantil Perseo se presentó en la rústica vivienda acompañado de la salvada Andrómaca, ostentando como trofeo a su víctima pendiente de su palo.

Las puras alegrías infantiles se deslizan de manera tan fugaz como las amargas satisfacciones de la edad madura, y el día de la separación de aquellos dos tiernos angeles murillescos llegó muy pronto.

La vida de la soledad y del silencio en sitios agrestes y selváticos que nos ponen frente a frente con la naturaleza, hablándonos con el mudo y sublime lenguaje de sus manifestaciones, es siempre objeto de sinceras alabanzas de las personas cultas, sobre todo cuando las admiran por primera vez, y de ordinario hacen no menos sinceras protestas de anhelar como supremo bien poder pasar el término de sus cansados días en aquel apacible reposo, filosofando dulcemente lejos de las mundanales agitaciones.

Mas a pesar de la ingenuidad de sus votos, el regreso a la vida social que abandonaron con curiosidad y alegría, se inicia espontáneamente mucho más pronto que ellos pudieran creer. El que tiene negocios que le llaman, protesta de esta circunstancia, creyendo que le priva de un bienestar hasta entonces desconocido, asegurando que sólo el deber puede arrancarle de aquel beatífico éxtasis. El que nada tiene que hacer en parte alguna, porque azares de la vida le han proporcionado medios de poder vivir en la holganza o porque el fruto acumulado de la previsión, el trabajo y la economía de sus mayores, le da medios, más o menos duraderos, para abandonarse al ocio, uno y otro y todos, ven el día de la vuelta con tanto gusto como el de la excursión, y mayor si cabe el que en nada se ocupa, cuando podría creerse en su elemento allí donde ninguna obligación le llama; y es que el aislamiento y la incomunicación son por necesidad monótonos y tristes y han sido siempre muy contactados los que sienten vocación de anacoretas.

El jefe de la familia preparó su vuelta al bullicio de la vida despertando en la imaginación de nuestra tierna heroína deseos de nuevas emociones, para evitar el llanto de la marcha, lográndolo fácilmente, porque ¿qué fijeza puede esperarse en las ideas y en los deseos de

quien apenas cuenta un lustro de vida? Bastó que la niña viese el carruaje preparado, para que la faltase tiempo para subir a él.

No había hecho lo mismo el niño días antes cuando le invitaron a la fiesta de su pueblo. Se obstinaba en no ir a pesar de esperarle las caricias y las dádivas de su abuela; y cuando contra su voluntad lo llevaron, aseguró que volvería al lado de su amiga el mismo día de la fiesta, y cumplió su palabra.

La víspera de la marcha, las personas mayores comentaron el efecto que podría hacer en los niños aquella repentina separación después de un mes de tan constante intimidad, lamentando el abatimiento de ánimo que se apoderaría del niño, volviendo a verse tan bruscamente solo en aquella inhabitada inmensidad.

Yo dediqué la tarde a observar cautelosamente a la pareja. Y cuando ya el sol hería débilmente con sus postreros rayos las guías de los enebros, los ví sentados sobre la hierba a un ángulo de la modesta casa, recostados sus cuerpecitos sobre la pared, sujetando cada uno un papelito del tamaño de una hoja de almanaque con ambas manos, que apoyaban en sus rodillas simulando hallarse en interesante lectura, aunque ninguno de los dos conoce una letra, la una por su edad y el otro por incuria disculpable por su género de vida. Escondíme tras la esquina, y escuché con asombro este diálogo que transcribo con miedo de que se crea invención del deseo de decir algo que interese:

El niño decía:—Mira, mira la carta que te voy a escribir. Y mirando al papelito y en tono de lectura, continuaba: Amiga Julieta: Me acuerdo... acuerdo... cuando cogíamos nidos y flores; yo... yo... quiero que vengas... que vengas pronto...

Y la niña a su vez:—Amigo Gerardo: Yo voy a ir pronto, porque quiero ir a la fuente y a los corrales... al Torreón... y tenemos que coger...

Lleno de vivas impresiones me separé de allí. Aquella extraña precocidad me causaba admiración. Aquel sentimiento tan vivamente expresado, por el recuerdo de las alegrías pasadas, que a la mañana siguiente iban a huir para no volver, me llenaron de angustiada emoción, y aquel inarticulado adiós de despedida, que ni pronunció la boca ni acaso concibió la voluntad, y sin embargo era tan sentido y espontáneo como pudo serlo el de la histórica Julieta a Romeo, llenó mis ojos de lágrimas, haciendo singular contraste con la animación y la risa de los protagonistas.

A la mañana siguiente los preparativos de marcha se ultimaron a toda prisa, y cuando ya Julieta estaba acomodada en el carro, alguien la recordó que se despidiera de Gerardo.

—Adiós, Gerardo, dijo con indiferencia, porque su pensamiento y su deseo estaban ya en las nuevas perspectivas que la esperaban.

—Adiós Julieta. Ven pronto, que cuando vengas ya te mataré conejos de veras.

Canción juvenil

Poeta doliente, deja tus lamentos,
deja de tu lira los tristes acentos,
poeta que rimas tu íntima elegía
en la noche llena de una paz unciosa
a la temblorosa
luz de una bujía...

Poeta que sientes pueriles temores
y a inocentes penas llamas desengaños;
¡corazón poeta de veintidos años
para ti no deben existir dolores!

Ríe, como ríe en la plazoleta
del jardín, la fuente con voz de cristal,
y para la Vida—pérfida coqueta—
en vez del adusto ceño del asceta,
ten un madrigal...

La Vida es florida
para ti, que tienes
los mejores bienes
que tiene la Vida.

Si ahora la desprecias por triste o cobarde
díme: ¿qué harás luego?
¿qué harás sin el fuego
juvenil que ahora en tus venas arde?...

Yo quiero que cante tu romanticismo
el triunfo exaltado del sano optimismo;
igual que una rosa lozana y florida
se abrirá tu alma al sol de la Vida,
y el sol de la Vida que radiante alumbra
las oscuridades,
pondrá en la penumbra
de tus soledades
la sonrisa amable de sus claridades...

Poeta que rimas tu íntima elegía
a la temblorosa luz de una bujía...
La noche no es buena para tus canciones...
¡Cuando llegue el día,
yo quiero que rasgues los negros crespones
de misantropía,
que ponen un velo triste a la alegría
de tus ilusiones!..

EMILIO SEGOVIANO.

CUENTOS LEONESES

La pollina tuerta

El tío Andrés «Picardías», como le llamaban sus vecinos, se vistió casi a tuestas y salió al corredor de su humilde casuca. Aquel día, como todos los días, madrugaba *pa* cuidar el *ganao*. Pero aquel día además, iba a la feria a la ciudad, y había que arreglarse.

—Ten cuidao con que no te engañen, le dijo la tía Rosa su cónyuge, que era una hormigueta del lugar.—Sobre todo, no te metas con esos *demos* de gitanos.—No bebas mucho vino.—Y el señor Andrés, al oír los encargos, como seguro de sí mismo, sonrió indulgente y confiado, con aquel aire suyo de candor.

Caminando hacia la ciudad, todavía de noche, se iba encontrando con amigos de los alrededores. A pesar de las sombras, se reconocían en seguida—¡Hola, Antón!—¡Hola, Andrés! Y todos reunidos se dirigían hacia la ciudad. Cada vez aumentaba el grupo.

Unos cabalgaban en pequeños pollinos andadores; otros iban en carros arrastrados por bueyes; otros iban a pie. En grupos compactos que formaban la *conocencia* y simpatía, avanzando en la noche, evocaban un viejo pueblo nómada, que de nuevo cambiaba de lugar. Casi todos marchaban en silencio. Algunos dormitaban. Muy raras veces aquellos que iban juntos, cambiaban algunas cuantas palabras, mas de pronto, en seguida, como impresionados por la noche, volvían a callar.

De vez en cuando hacían un alto en el camino. Generalmente era a la puerta de un mesón, para «tomar un vaso». Mas apurado el vaso, nuevamente en silencio, volvían a marchar. Poco a poco el vinillo y el aire fino de *contra* la mañana les espabiló un poco, y comenzaron a charlar. Algunos viejos, con las mozas, comenzaron con bromas. Un mozo *jaque* que llevaba una faja roja, alzó entonces una canción. La gente se animaba. Comenzaba el día a clarear.

—¿Tú vas a mercar algo, Andrés? le dijo un convecino.

—Hombre; contestó el aludido, empezando un rodeo. Como mercar, mercar; no se si mercaré. Ahora, sí. Yo quería mercar. Me hace falta una pollina barata para hacer el verano. ¡Pero está tan caro el *ganao*!

Poco a poco se acercaban a la ciudad. Tras unas lomas pardas, allá en el fondo oscuro, se comenzaba a distinguir la vega con sus altos chopos erguidos, con su frescura y su verdor. En el centro de la vega jugosa, se alzaba esbelta y blanca la bella catedral. La mañana en aquel instante se abría toda como una linda rosa llena de nácar y carmín. En los campos dorados, se reclamaban las codornices. Bandadas de palomas se esparcían sobre las tierras. De los montes lejanos venía una

gran paz. Los labriegos, como sugestionados por el encanto de la hora, callaron un momento en sus chanzas. Miraban todos con los ojos muy abiertos aquel paisaje suyo, que tan bien conocían. En sus pequeños cerebros les rondaba una idea. Uno de ellos la concretó.

—¿Cuánto valdrán estos chopos?—dijo el hombre, como codiciándolos. Otro entonces le replicó:

—Pues echa a cuatro duros, mayores con menores, y verás.

La discusión entonces se entabló.—A cuatro duros era poco.—A cinco les pagó el tío *Pepón*.—Los chopos no valían.—A quince, ya estaban *bien pagaos*. Y aun no habían terminado de ponerse de acuerdo, después de una hora larga, muy larga, de camino, cuando llegaron a la ciudad.

* * *

Ya en la ciudad, el tío Andrés se separó de sus compadres, y metiéndose entre el bullicio de la feria comenzó a caminar. Quería enterarse de cómo andaba aquello. Quería ver... De vez en cuando se acercaba muy despacito, con el aire tranquilo, a una pollina bien cuidada, que encontraba al pasar. La miraba en silencio, la remiraba luego; y después, la comenzaba a palpar. La palpaba las piernas, el vientre, la miraba la boca, la acariciaba toda, hasta que luego, alzándola la cola y tirando sonriente, mirando al dueño que le observaba, le comenzaba a preguntar. ¿De dónde es la pollina? ¿Está muy trabajada? ¿Cuántos años tiene? ¡Dígame el precio último para no regatear! Pero al oír la cifra se ponía muy serio, la acariciaba nuevamente, y diciendo palabras que el dueño no entendía, se comenzaba a ir separando, y terminaba por marchar.

Mas el tío Andrés, como sugestionado después de estos tanteos, ya por dos o tres veces, fué a parar al mismo lugar. Era el lugar donde en la feria se colocaban los gitanos. Era aquel sitio un mal lugar. Pero había allí una pollina cenicienta terciada que ni *pintada* para él. ¡Mas con aquellos demonios de gitanos! Y el tío «Picardías», no se atrevió a tratar.

Y el tío Andrés volvió de nuevo a sus tanteos, pero ya no ponía en ellos aquella amorosa deleitación que antes pusiera. Una idea constante le andaba en el meollo. De nuevo, al poco tiempo, se encontró donde los gitanos, de frente a la pollina cenicienta, mirándola con extraña fijeza, como un enamorado que no se atreve a hablar. Uno de ellos, que notó las andanzas, al verle tan palurdo, le interrogó de pronto:

—¡Oiga V, buen amigo! Lléveme V. este burro, que se lo voy a dar de balde.

El tío Andrés, como despertando de su arrobó, sonrió.

—Mire V., compadre, que este es un burro semental. Y el gitano, manobrando, le metía el burro por los ojos, hasta que el tío Andrés le miró.

Como siempre, comenzó a palparle, a acariciarle; le observaba, le medía. De cuando en cuando murmuraba muy alto para que el gitano lo oyera.—¡No sé! ¡no sé si servirá!

—¡Mire V.! le apretaba el otro, que se lo voy a regalar. Mire V. que como esta ocasión no la encontrará nunca. Y como el tío Andrés no se entregaba, el gitano le llegó a decir.—Se lo doy por lo que usted quiera darme.—Ya no puedo hacer más.

—No sé, no sé; decía el tío Andrés un poco acobardado, ante tanta locuacidad.

Ya por fin el gitano pidió una suma moderada; pero el tío Andrés protestó.

—¡No! ¡no! eso es mucho dinero. No puedo gastar tanto. No podría pagar; y seguía en sus lamentaciones, cuando fijándose en la pollina a que había echado el ojo, exclamó:

—El caso es que si me arreglará con esta otra... Más pequeñina y más endeble es, pero si me lograra arreglar...

El gitano, viendo que el hombre ya picaba, le apretó.

—Esa pollina—le dijo,—esa pollina, no es pollina. Eso es un coral. Mire V. qué patas y qué pecho y qué cruz; si parece una yegua normanda. Luego esta pollina es muy joven, tiene que hacerse mucho. ¡Si esta es casi una pollina mular! Y el tío Andrés, sonriendo, le escuchaba embobado. Aquellos halagos a la burra le llegaban al corazón.

¿Y en cuánto? murmuró por fin.

—Pues lo último treinta duros—el gitano le respondió.

El tío Andrés, al oírlo, se llevó las manos al sombrero. ¡Treinta duros, cielo santo! ¡A él le querían engañar! ¡La culpa la tenía él que trataba con ellos! ¡Treinta duros! ¡Por Dios! Otro gitano que surgió como por encanto, se ofreció como mediador. No sería ni lo de uno, ni lo del otro. Sólo sería lo que debía ser. Y entonces, los tres juntos comenzaron el trato.

Que sí; que no; que la pollina; que el compadre... Y los dos gavilanes abrazados al *payo* le envolvían, le agasajaban, le ablandaban, y al fin en diez y siete duros le hicieron claudicar. El tío Andrés, y los dos compinches tirando de la burra, se metieron en una taberna a celebrar el trato, y a pagar.

Ya de noche, con mucha pausa, en un riconcillo apartado, sobre una mesa mugrienta, después de haber bebido de firme, el tío Andrés un poco colorado, metió la mano debajo del chaleco y extrajo un gran bolsón. Entre las perras y los duros, y unas cuantas pesetas que parecían más, había unos cuantos billetes. A los gitanos, en los ojos les brillaba la codicia, y bailaban de intranquilidad. El tío Andrés cada vez era más cachazudo.

—No sé si tengo duros; dijo entonces un poco avinatado. Les daré este billete de cien.

Los gitanos rápidamente le devolvieron los tres duros, y desaparecieron en seguida, como fundidos en la obscuridad.

El tío Andrés pagó el gasto, y trompicando un poco, tirando de la burra, de la pollina cenicienta que ya era cosa suya, hacia el pueblo volvió.

Al día siguiente, de mañana, las voces destempladas de la tía Rosa, que le increpaban duramente, le hicieron despertar.

—¡Malos lobos te coman, condena! le decía furiosa—¿Tú no vistes que la pollina estaba tuerta, borrachón?—¿No te lo advertí yo? Si no puede una confiaros nada! Seguramente que tratarías con gitanos... ¡Pero qué hombre, Santo Dios! Y lloraba de rabia la tía Rosa, al verse burlada de aquel modo, por quien no conocía y de quien no se podía vengar.

El tío Andrés «Picardías», incorporado sobre la cama, entre alegre y complacido, pero medio adormilado aún, se frotaba los ojos, y la miraba llorar.

—¿Pero qué te ocurre, mujer?—la preguntó al fin complaciente, cuando del todo despertó.

—¡Nada! qué me ha de ocurrir. ¡Una pollina tuerta! Y poco que se van a alegrar los vecinos cuando lo sepan; cuando sepan que te engañaron—añadió con perversa intención.

—¡Bueno, tonta, déjalos! Y tú calla, que no es *pa* tanto; añadió sentencioso el tío «Picardías. Y en cuanto a que me engañaron, eso sí que no. Yo bien vi que la pollina estaba tuerta, cuando fui a hacer el trato; pero vi que el gitano que la vendía era ciego total. Y sino, ven acá. ¿A quién ibas a dar las cien pesetas falsas que tenías, de hace cuatro años? Pues el gitano las tomó y me dió tres duros de vuelta. ¡Mírame ahí en la bolsa, porque ahí deben de estar!

La tía Rosa cesó de llorar como por encanto. Con cara de risa, como en los buenos tiempos, le decía seguidamente a su Andrés, su «Picardías» mientras se secaba las lágrimas:

—Eres el *diañe* hombre. Eres el mismo *diañe*. ¡Si no fueras tan amigo del vino!.. Pero esto, añadió luego muy bajo, mejor será callarlo; no hay necesidad de dar que hablar...

LEÓN M. GRANIZO

León, Diciembre 1916.

NUESTROS MAYORES

Enrique Gil y Carrasco

(Nació en Villafranca del Bierzo, 1815.—Murió en Berlin, 1846)

LA VIOLETA

Flor deliciosa en la memoria mía,
Ven mi triste laud a coronar,
Y volverán las trovas de alegría
En sus ecos tal vez a resonar.

Mezcla tu aroma a sus cansadas cuerdas;
Yo sobre tí no inclinaré mi sien,
De miedo, pura flor, que entonces pierdas
Tu tesoro de olores y tu bien.

Yo, sin embargo, coroné mi frente
Con tu gala en las tardes del Abril,
Yo te buscaba orillas de la fuente,
Yo te adoraba tímida y gentil.

Porque eres melancólica y perdida,
Y era perdido y lúgubre mi amor;
Y en tí miré el emblema de mi vida,
Y mi destino, solitaria flor.

Tú allí crecías olorosa y pura
Con tus moradas hojas de pesar;
Pasaba entre la yerba tu frescura,
De la fuente al confuso murmurar.

Y pasaba mi amor desconocido,
De un arpa oscura al apagado son,
Con frívolos cantares confundido
El himno de mi amante corazón.

Yo busqué la hermandad de la desdicha
En tu cáliz de aroma y soledad,
Y a tu ventura asemejé mi dicha,
Y a tu prisión mi antigua libertad.

¡Cuántas meditaciones han pasado
Por mi frente mirando tu arbol!
¡Cuántas veces mis ojos te han dejado
Para volverse al moribundo sol!

¡Qué de consuelos a mi pena diste
Con tu calma y tu dulce lobreguez,
Cuando la mente imaginaba triste
El negro porvenir de la vejez!

Yo me decía: «buscaré en las flores
Séres que escuchen mi infeliz cantar,

Que mitiguen con bálsamo de olores
Las ocultas heridas del pesar.»

Y me apartaba, al alumbrar la luna,
De ti, bañada en moribunda luz,
Adormecida en tu vistosa cuna,
Velada en tu aromático capuz.

Y una esperanza el corazón llevaba
Pensando en tu sereno amanecer,
Y otra vez en tu cáliz divisaba
Perdidas ilusiones de placer.

Héme hoy aquí: ¡cuán otros mis cantares!
¡Cuán otro mi pensar, mi porvenir!
Ya no hay flores que escuchen mis pesares,
Ni soledad donde poder gemir.

Lo secó todo el soplo de mi aliento,
Y naufragué con mi doliente amor:
Lejos ya de la paz y del contento,
Mírame aquí en el valle del dolor.

Era dulce mi pena y mi tristeza;
Tal vez moraba una ilusión detrás:
Mas la ilusión voló con su pureza,
Mis ojos ¡ay! no la verán jamás!

Hoy vuelvo a ti, cual pobre viajero
Vuelve al hogar que niño le acogió;
Pero mis glorias recobrar no espero,
Sólo a buscar la huesa vengo yo.

Vengo a buscar mi huesa solitaria
Para dormir tranquilo junto a ti,
Ya que escuchaste un día mi plegaria,
Y un sér hermano en tu corola vi.

Ven mi tumba a adornar, triste viola,
Y embalsama su oscura soledad;
Sé de su pobre césped la aureola
Con tu vaga y poética beldad.

Quizá al pasar la virgen de los valles,
Enamorada y rica en juventud,
Por las umbras y desiertas calles
Do yacerá escondido mi ataúd,
Irá a cortar la humilde violeta
Y la pondrá en su seno con dolor,
Y llorando dirá: «¡pobre poeta!
Ya está callada el arpa del amor!»

Registro bibliográfico

Todos los amantes de las letras saben ya que la historia de *La literatura española*, que tiene en publicación D. Angel Salcedo y edita la casa Calleja, es obra de una utilidad extraordinaria. Con este y otros libros, el Sr. Salcedo está prestando servicios eminentes a la literatura e historia patrias, pues ha tomado sobre sí el cargo, verdaderamente arduo, de sistematizar y divulgar datos que se ajustan a las más recientes investigaciones.

Se ha publicado el tomo 3.º de la citada *Literatura*, y los lectores de los anteriores—que son muy numerosos—pueden juzgar de éste teniendo en cuenta que los iguala en mérito. El período literario que comprende este volumen aparece ante el lector con todo relieve, cabalmente definido y exactamente estudiado.

Abrese el tomo con el estudio de la influencia francesa bajo el reinado de Felipe V. Esta época literaria—que hasta ahora se ha creído injustificadamente poco digna de estudio,—ofrece particular interés, y el Sr. Salcedo se le concede. La poesía conceptista de comienzos de siglo; la beneficiosa influencia de la Academia Española y de los escritores didácticos; los trabajos pseudo-clásicos de D. Ignacio de Luzán y sus secuaces; el *gerundianismo* en la oratoria y la sensiblería en los *libros de recreación*; la aparición de figuras más altas, como los Moratines, Jovellanos, D. Ramón de la Cruz; el resurgimiento del arte teatral con actores como Isidoro Máiquez y Rita Luna... Todo esto aparece, magistralmente presentado, en el tomo de que vamos hablando.

Franquea luego el Sr. Salcedo el puente que separa la caótica literatura del siglo XVIII del más firme y sólido terreno en que se alza la poesía de Quintana, de Gallego, de Reinoso. Cuanto se refiere a esta primera etapa del siglo XIX es de una justeza y una verdad admirables. Y llega por último, el alborar de la escuela romántica, a cuyo estudio dedica el Sr. Salcedo importantes capítulos.

Ostenta el Sr. Salcedo en este volumen, como en todas sus obras, dos cualidades muy difíciles de reunir: la de un crítico eruditísimo, conocedor de cuantos datos pueden y deben aducirse en cada caso, y la de un vulgarizador sin igual, que sabe hacer agradable la exposición de toda clase de materias. Ya juzgue por su propia cuenta, ya alegue la opinión de algún otro crítico, el señor Salcedo formula siempre sobre cada autor el juicio más exacto e imparcial. Y esto lo hace *burla burlando*, agrupando ordenadamente unos autores con otros y haciendo gala doquiera de una sobria amenidad.

Acierto muy grande es también el añadir un resumen histórico de la literatura hispano-americana. Tiene esta literatura sobrada importancia para que se pueda prescindir de ella en un libro de esta índole, y es conveniente difundir entre toda clase de lectores el conocimiento de los poetas y prosistas, muchos notabilísimos, que cultivaron y cultivan el idioma castellano en los pueblos sur-americanos.

Es en suma, este tomo, como decíamos al principio, digna continuación de los primeros. Bien merece el Sr. Salcedo la felicitación más expresiva, y bien la merece también la casa editorial Calleja, por haber emprendido la publicación de esta obra.

Europa nueva, de Sinesio Garcia, es un libro grandemente patriótico. Estudia su autor al estado actual de nuestro continente, y supone, en relación con ello, que la situación de España no es un mal aislado e irremediable, sino el resultado de un fenómeno natural. «No creemos—dice—en las razas privilegiadas; la superioridad de algunas es sólo un momento de vida.» Y llega a la siguiente conclusión: «España duerme, en la época de su nacimiento tercero; si nace ahora, nace por tercera vez, y nacerá: Reich lo cree probable; Colajanni, evidente; yo, creo en la próxima resurrección... como creo en la muerte de Europa y en el nacimiento de otra Europa, esclava o libre; más rica o más pobre; pero al fin otra Europa, que no será como la que conocemos en el siglo XX de la Era cristiana y XXV de su edad histórica... Asistimos al crepúsculo de un mundo que muere...»

* * *

El Marqués de Villaviciosa de Asturias, que con frecuencia se ocupa en el Parlamento de asuntos docentes, ha impreso, con el título de *¿Quijotes o Celestinas?*, los discursos que sobre el particular pronunció en el pasado mes de Octubre.

Indudablemente la enseñanza es una de las cosas que más pronta y radical reforma exigen en España. Dos cosas esenciales deben perseguirse: 1.^a Que todos los catedráticos cumplan con su deber. 2.^a Que los estudiantes estudien por el deseo de saber, y no por el afán de obtener una aprobación a francas o barrancas. Cuando esto se haya logrado, bien podemos decir que hemos recorrido la totalidad del camino.

Sería injusto negar, sin embargo, que en pocos años la enseñanza en España ha dado un avance enorme. Ahora, más que *intensificar*, hace falta *difundir*.

* * *

Para la inauguración de la *Universidad Comercial de Deusto*, el P. Luis Chalbaud, S. J., pronunció un notable discurso.

El P. Chalbaud justifica plenamente la necesidad de establecer una Universidad Comercial; dice cuáles han de ser en este centro el plan, el método, la disciplina y el material de enseñanza, y expone, por último, la forma en que ha de instalarse un Museo que sea «una obra viva, en movimiento incesante con la vida mercantil, de extensión indefinida.»

Las líneas generales en que se ha de desenvolver la nueva institución, aparecen, en suma, sobria y perfectamente trazadas en el discurso del P. Chalbaud.

Notas y comentarios

Nuestro querido colaborador el exquisito poeta colombiano J. B. Jaramillo Meza ha contraído matrimonio con la poetisa Blanca Isaza, cuya brillante inspiración goza de justa fama. Las musas están de enhorabuena viendo unidos de este modo a dos de sus predilectos.

La REVISTA CASTELLANA felicita a los recién casados.

* * *

En breve se publicará una nueva revista, *La Vida Internacional*, dedicada a los asuntos que su título indica. Estará dirigida por los señores D. Rafael Altamira, Catedrático de la Universidad Central, y D. Rafael Vehils, Director General de la Casa de América, miembros de la Comisión Central de la Unión de Instituciones Internacionales (Bruselas-Lausanne) y del Consejo Internacional de la Organización Central de Estudios para que la Paz sea Duradera (La Haya-Berna).

La Dirección recabará en cada país extranjero el concurso de un Consejero, designado entre las personalidades de mayor prestigio político y científico, para obtener por su mediación las informaciones precisas al estudio de las cuestiones de que trate.

Se reunirán, además, los nombres de los escritores más conocidos de Europa y América, traduciendo sus trabajos originales escritos en idiomas extranjeros por un Comité de traductores.

Dadas las circunstancias por que el mundo atraviesa, y teniendo en cuenta que después del conflicto, como dicen los redactores de *La Vida Internacional*, «sólo merced a una acción previsoras y a un replanteo de valores, podrá España organizarse de un modo adecuado y adaptable», compréndese la excepcional importancia que esta revista ha de tener.

Libros recibidos

DE LOS CUALES SE HABLARÁ EN NÚMEROS SUCESIVOS

- Alfredo Giannini: *Testiana*.—Nápoli, 1916.
- Antonio Manero: *Por el honor y por la gloria*.—México, 1916.
- Anales de Instrucción primaria*.—Montevideo, 1916.
- P. Machorro Narváez: *La enseñanza en México*.—México, 1916.
- Rafael Gasset: *El plan extraordinario de obras públicas*.—Madrid, 1916.
- Francisco Cañellas: *Al través de mis lentes*.—Habana, 1916.
- Marqués de Villaviciosa de Asturias: *¿Quijotes o Celestinas?*—Madrid, 1916.
- Cayetano Alcázar: *La juerga de la estudiantina*.—Madrid, 1916.
- Emilio Ricci: *Versi e lettere di... caduto in guerra il 27 Agosto 1915*.—Bari, 1916.
- Aurelio Báig Baños: *La emperatriz del mundo*.—Madrid, 1916.
- Idem: *Rodríguez Marín, documentador cervantino*.—Madrid, 1916.
- J. Ruiz Castillo: *El secreto de Cervantes*.—Madrid, 1916.
- Francisco Pérez y Martínez: *El descubrimiento de América y las joyas de la Reina D.^a Isabel*.—Valencia, 1916.
- Eduardo de Ory: *Hacia las cumbres*.—Cádiz, 1916.

La "Revista Castellana," en 1917



uestros lectores, y en general la opinión culta, habrán podido observar que sin ruidos ni alharacas, modestamente, la REVISTA CASTELLANA viene realizando una labor tenaz y persistente. Gracias a esta revista—¿por qué no tener ahora esta inmodestia?—la literatura regional castellana cuenta con un órgano digno, serio, libre de apasionamientos y miras mezquinas, atento sólo a enaltecer el nombre de la región querida que nos vió nacer y a consolidar sus relaciones con las demás comarcas españolas, igualmente amadas.

La REVISTA CASTELLANA tiene la satisfacción del deber cumplido. Entra en sus convicciones—¡afán de soñadores!—la creencia de que la reconstitución de nuestra Castilla ha de tener por cimiento un andamiaje formado por pliegos de papel impreso, y cada vez que recibe noticia de que ha salido un nuevo operario que ayuda a levantarle, experimenta sin igual alegría. ¡Cuándo se habrá reduplicado el número de los que salgan a hacerlo con arrestos y entusiasmo!

Otra satisfacción tiene la REVISTA CASTELLANA, y es la de haber despertado en Castilla y fuera de Castilla, en España y fuera de España, firmes y acendrados cariños. Todos cuantos colaboran en esta Revista, y abrigamos la presunción de que también todos cuantos la leen, considéranla ya como algo propio, algo que va unido a los más sinceros afectos. No ya sólo en la península, sino en el extranjero —y especialmente en América—la REVISTA CASTELLANA tiene fieles y decididos aficionados.

Quiere todo esto decir que la REVISTA CASTELLANA, a pesar de las difíciles circunstancias por que atraviesa la prensa, está dispuesta

a seguir sus rumbos resueltamente. Dos años lleva ya de existencia, y en ellos hemos procurado cumplir dignamente nuestra misión. En lo sucesivo, la REVISTA CASTELLANA aspira a realizar con creces estos propósitos.

A partir, pues, del próximo mes de Enero, la REVISTA CASTELLANA aumentará considerablemente sus páginas; introducirá nuevas secciones, y, cuando el texto lo requiera, insertará los necesarios fotograbados.

En cuanto a la parte literaria, nada necesitamos decir a nuestros lectores. Seguirán honrándonos con su colaboración los más notables escritores, con lo cual esta revista será en los actuales momentos un resuelto mantenedor de nuestros prestigios y en los tiempos futuros un testimonio que haga saber de modo ostensible toda la valía de la literatura regional castellana. Afamados literatos, tanto españoles como americanos, nos prestarán su concurso.

Por el número de Enero, que aparecerá en breve, podrán apreciar nuestros lectores las reformas de la REVISTA CASTELLANA. Para el mes de Febrero preparamos un número dedicado a nuestro poeta Zorrilla, con motivo del centenario de su nacimiento, y en que colaborarán escritores merifísimos.

REVISTA CASTELLANA

AÑO 1916

ÍNDICE DE LOS TRABAJOS PUBLICADOS

Agapito Revilla (Juan)

- La artillería de Medina del Campo. 1 y 49
La custodia de la catedral de León ¿es la que se guarda en Cádiz? 57
Alonso de Quintanilla y la Casa de moneda de Medina del Campo. 165

Aguayo (Miguel)

- Echegaray. 309

Alonso Cortés (Narciso)

- España y América. 45
Dos caminantes. 112
Palabras de esfo. 116
Manuel del Palacio. 277
Balada.—Yo recuerdo... . . . 344

Andrade Coello (Alejandro)

- Quiteñas. 73 y 249
Motivos de Cervantes. 88
Castilla.—La gran Colombia.
El magisterio. 315

Báig Baños (Aurelio)

- Gallardías de estilo en ideas redentoras para la patria. . . 326

Bay (Aurelio)

- Sementeras. 126
Al abrigo del solar. 230, 297 y 329

Benavides (Nicolás)

- Canción de soldado. 19
Ante el torrente. 77
La aldeana leonesa. 191
En la fontana. 212
Estaciones del «Vasco-Asturiano». 296
¡Llegaré! 325

Berrueta (Mariano D.)	
Eloy Díaz-Jiménez y Molleda.	248
Blanco (Emilio)	
El alma de Don Miguel.	245
Cossío (Francisco de)	
Exhumación.	61
Chicano (Eduardo G.)	
Como Julieta.—Sediento.	182
Díaz de Escovar (Narciso)	
Alma de mujer.	5
Anales del teatro español.	79, 128, 160, 193, 235, 273, 303 y 346
Díaz-Jiménez y Molleda (Eloy)	
Enrique de Arfe.	29
Fr. Bernardo de Sahagún.	115
García Enterría (Eduardo)	
Remanso.	197
García Luengo (H.)	
La fiebre.	121
Jorge.	250
Garrachón Bengoa (A.)	
Vete en paz...	120
El beso.	282
Gil y Carrasco (Enrique)	
La violeta.	362
Gómez Díez (Emilio)	
La política municipal del suelo.	183
González Blanco (Andrés)	
Poemas de provincia.	14
El criticismo psiquiátrico.	37
Playa del norte.	153
El suicidio romántico.	214
Gutiérrez Santa Marina (Luis)	
Tragedia.	338
Iscar Peyra (Fernando)	
«Los Peleles»	15
Jaramillo Meza (J. J.)	
En pleno mar azul.	199
Introducción.	247
Lapi (Fernando de')	
Enrique Granados.	199
Maldonado (Luis)	
Don Quijote en los estudios de Salamanca.	105

Manegat (Luis G.)

Hogar.	20
Crónicas catalanas.	43, 75, 157 y 269
Agda.	176
Gañanes.	283

Martín Granizo (León)

La eterna canción.	48
La pollina fuerte.	358

Martínez (Regino)

Sublime aliento.	141
--------------------------	-----

Mele (Eugenio)

Los genoveses pintados por los españoles.	133
--	-----

Mendizábal (Francisco)

Relación de algunos caballe- ros de las órdenes militares de Valladolid y su provincia.	341
---	-----

Moreno García (César)

Vasco Díaz Tanco.	7
La crítica del <i>Quijote</i> hecha por Cervantes.	90
La suprema dama de amor.	218 y 258

Nieto (José)

Mérito del <i>Quijote</i> como sátira contra los libros de caba- llerías.	98
Estos eran dos niños.	353

Nistal (Alfredo)

El Príncipe encantador.	142
---------------------------------	-----

Ory (Eduardo de)

Ante la plebe.-¡Bendito el sol!	228
---	-----

Pérez (Jesús)

Ruinas.	25
Magnífico.	60
Galantería.	269

Río (José del)

La guerra.	320
--------------------	-----

Rodao (José)

A un hacendista.	19
--------------------------	----

Rosas (Daniel)

La fuerza del amor.	292
-----------------------------	-----

Sánchez Domínguez (B.)

La noche víspera del día del toro.	254
---	-----

Sánchez Rojas (José)

Tres cartas.	293
Preciosa.. . . .	317

Segoviano (Emilio)

Canción juvenil.	357
--------------------------	-----

Torre Ruiz (Andrés)

El burro blanco.	23
El gallo.	36
El camello.	81
Los tres blasones del genio.	85
Odio. Perdón. Piedad.	175

Yaque (José A.)

El general de acero.	71
La época militar de Cervantes.	322

Ylera (Zacarías)

José M. López Picó.	63
-----------------------------	----

Registro bibliográfico. 26, 83, 130, 195, 240, 275, 307 y 364

Notas y comentarios. 28, 84, 244, 308 y 366

Libros recibidos.

La REVISTA CASTELLANA en 1917. 367